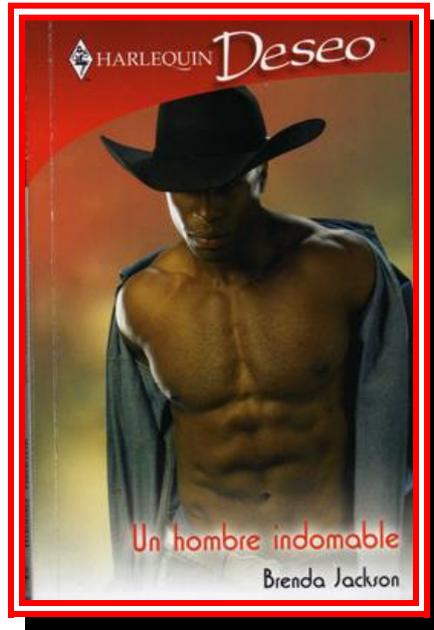


# Un hombre indomable

Brenda Jackson  
*12° Westmoreland*



## **Un hombre indomable (2008)**

**Título Original:** Taming Clint Westmoreland (2008)

**Serie:** 12° Westmoreland

**Editorial:** Harlequín Ibérica

**Sello / Colección:** Deseo 1584

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Clint Westmoreland y Alyssa Barkley

### Argumento:

#### *¿Cómo sería dejarse domar por aquella mujer?*

*En cuanto se enteró de que seguía estando casado, el antiguo Ranger de Texas Clint Westmoreland empezó a poner límites a la estancia de su "esposa" en su lujoso rancho. Pero en cuanto la vio sus fuerzas empezaron a flaquear. Alyssa Barkley y él tenían treinta días para solucionar el lío por el que habían acabado siendo marido y mujer durante una misión secreta hacía varios años.*

*Pero la mujer sexy y seductora que había llegado a su rancho no se parecía en nada a la agente tímida y atemorizada con la que había trabajado y Clint empezaba a preguntarse cómo se sentiría si realmente fuera su mujer....*

## *Capítulo Uno*

Clint Westmoreland recorrió el aeropuerto con la mirada en busca de la esposa de cuya existencia no había sabido nada hasta hacía cinco días.

Su indignación no había disminuido desde que había leído la carta de la Oficina de Investigación Estatal en la que le notificaban que estaba casado. Cinco años atrás, en el transcurso de una misión especial, había tenido que casarse. Por un error, la Oficina no había realizado la anulación correspondiente y, como resultado, Alyssa Barkley, su compañera en aquella operación, y él seguían legalmente casados.

La idea de estar casado, fuera con quien fuera, le espantaba, y Alyssa, con quien había hablado por teléfono, parecía tan afectada como él por la noticia. Por eso, había accedido a volar a Austin y presentarse con él en la Oficina para resolver la situación con la mayor prontitud posible.

Clint miró el reloj con impaciencia. Era el uno de febrero y tenía que ocuparse de recibir un cargamento de caballos salvajes. Cuando en junio del año anterior había anunciado en la boda de su primo Ian que dejaba la policía de Texas, los rangers, su primo Durango y su cuñado, McKinnon Quinn, le habían invitado a formar parte de su millonario negocio de cría y doma de caballos. Querían hacerlo socio y que les ayudara a expandir el negocio en Texas. Clint había aceptado la oferta al instante y desde ese momento se había entregado a su nuevo trabajo en cuerpo y alma.

Miró el reloj de nuevo y luego alzó la mirada preguntándose si reconocería a Alyssa. Habían pasado cinco años y la recordaba como una mujer joven, recién salida de la universidad donde se había especializado en justicia criminal. Había interpretado con tal convicción su papel de madre desesperada por adoptar un hijo, incluso ilegalmente, que la operación había concluido con éxito en menos de la mitad del tiempo que la Agencia había calculado.

Después, a él le habían enviado a otra misión y, por lo que había oído, ella había presentado la dimisión.

Como la conversación que habían mantenido unos días atrás había sido breve, no había averiguado a qué se dedicaba, y ni siquiera le interesaba especialmente. Lo único que le importaba era resolver el fastidioso asunto de la anulación lo antes posible. Alyssa debía de tener unos veintisiete años y por teléfono le había dicho que seguía soltera.

El sonido de unos tacones le hizo volverse hacia una mujer que caminaba hacia él. Pestañeó. Si se trataba de Alyssa, había sufrido una transformación. Aunque en el pasado no era fea, tampoco la había encontrado particularmente atractiva. Desde luego, no tan atractiva como a la mujer que tenía delante, a la que podía imaginar sin dificultad en la portada de una revista de moda. Y por la manera en que los hombres se fijaban en ella, tuvo claro que se trataba de una opinión compartida.

Alyssa siguió caminando hacia él y Clint observó la sensualidad con la que balanceaba las caderas, atrapadas en unos ajustados vaqueros. Estaba tan absorto en su contemplación que no se dio cuenta de lo cerca que estaba hasta que se paró frente

a él. A aquella distancia, Clint apreció cada detalle de su rostro: sus largas pestañas, sus elevados pómulos, los labios sensuales, el cobrizo cabello rizado y sus preciosos ojos marrones. Y fue entonces cuando oyó su sensual voz, en perfecta armonía con el resto de sus facciones.

—Hola, Clint. Aquí estoy.

«No ha cambiado nada» se dijo Alyssa mientras caminaba deprisa para mantener el paso de Clint camino del aparcamiento. Era alto y llevaba el sombrero Stetson que formaba parte de su vestuario habitual. Pero su rostro reflejaba una madurez que sólo alguien que se hubiera fijado mucho en sus rasgos algún tiempo atrás lograría identificar.

Cuando lo vio por primera vez, pensó que era el hombre más guapo que había visto en su vida. Ya entonces había llegado a la conclusión de que la perfección de sus rasgos se debía a las arrogantes arrugas que rodeaban sus ojos y a los hoyuelos que tenía en las mejillas. Además, su mentón y sus pómulos parecían tallados por un escultor, y sus labios eran tan perfectos que parecían más propios de una escultura que de un hombre de carne y hueso.

Decir que había impresionado a la joven virgen, recién licenciada, que era Alyssa en aquel entonces, no haría justicia a la conmoción que le había causado.

—Tengo la furgoneta aparcada un poco más allá —dijo él.

Sus palabras interrumpieron los pensamientos de Alyssa, que lo miró.

—¿Vamos directamente a las oficinas centrales de los rangers? —preguntó, intentando desviar la mirada de los labios de Clint.

Aquellos labios eran una tentación. Clint era un hombre de pocas palabras, pero sus labios eran dignos de ser contemplados. Eran tan sensuales que era imposible no pensar en probarlos. Y fantasear con besarlos se había convertido en un sueño recurrente de Alyssa.

Muchas de las agentes del cuerpo se habían sentido celosas cuando ella había sido elegida para la misión. Tenía fama de reservado y Alyssa pensaba que ni siquiera era consciente de cuántas mujeres lo deseaban.

—Será lo mejor —contestó él—. No creo que nos lleve mucho tiempo. Quizá menos de una hora.

Alyssa tuvo la tentación de pararse, posar la mano en su brazo, alzarse sobre las puntas de los pies y besarlo osadamente. Sólo de pensarlo se le aceleró el corazón y tuvo que respirar profundamente para concentrarse en lo que Clint acababa de decir.

También ella confiaba en acabar pronto porque sospechaba que cuanto más tiempo pasara con él, más posibilidades había de que perdiera la cabeza. Además, no había llevado consigo más que una bolsa de viaje con una muda. En cuanto acabaran con los trámites, iría a un hotel a pasar la noche y al día siguiente volaría de vuelta a Waco.

– ¿Cómo te ha ido en este tiempo, Alyssa?

Alyssa se volvió hacia Clint y, consciente de que intentaba ser cordial, le sonrió al tiempo que pensaba que tenía la voz tan aterciopelada y sexy como la recordaba.

– Muy bien, Clint ¿Y a ti?

– No me puedo quejar.

Por lo que Alyssa había oído comentar a sus amigos del departamento, Clint no mentía. Había dejado el Cuerpo y se dedicaba con éxito a la cría de caballos en un gran rancho cerca de Austin, que había heredado de un familiar cercano. Y aunque Alyssa sentía curiosidad por saber qué le había hecho dejar la policía, no se atrevió a preguntárselo.

– Parece mentira que el departamento haya cometido un error tan grave y se limite a mandar una carta para decirnos que estamos casados – comentó.

Habían llegado a la furgoneta. Clint le abrió la puerta al tiempo que se encogía de hombros.

– Inicialmente, me resistí a creerlo. Se ve que ninguno de los dos hemos estado interesados en casarnos.

Alyssa decidió no contarle que ella lo habría hecho dos años atrás de no haber descubierto a tiempo el tipo de hombre al que estaba prometida. Kevin Brady todavía no le había perdonado que le dejara plantado en el altar. Pero tampoco ella le había perdonado a él que se acostara con su prima Kim una semana antes de la boda.

Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Clint la miraba y se preguntó si había intuido que se callaba algo.

– Estás muy cambiada – dijo él, cerrando la puerta y apoyándose en la ventanilla. Alyssa no supo si tomarse el comentario como un cumplido o como un insulto.

– ¿En qué sentido?

– No sé, diferente.

Alyssa sonrió al comprobar que Clint seguía siendo un hombre de pocas palabras.

– Es que he cambiado – admitió.

– ¿En qué sentido?

Alyssa se rió.

– Vivo mi vida tal y como quiero, y no como otros piensan que debería vivirla.

– ¿Eso era lo que hacías hace cinco años?

– Sí – dijo Alyssa. Y decidió no proporcionar más información.

Clint debió de pensar que no tenía derecho a hacer más preguntas, ya que rodeó la furgoneta y se sentó tras el volante.

— Pronto va a ser hora de comer — dijo sin mirarla —. ¿Quieres que vayamos a tomar algo antes de ir a ver a Hightower?

Lester Hightower era el capitán al cargo de las operaciones secretas cinco años atrás.

— No, preferiría resolver esto lo antes posible — dijo ella.

Clint la miró con curiosidad.

— ¿Me he precipitado antes al asumir que no tenías intención de casarte? ¿Estás pensando en hacerlo?

Alyssa lo miró y Clint sonrió de una manera que la desconcertó.

— No es eso. Lo que ocurre es que odio las sorpresas y te aseguro que la carta que hemos recibido ha sido una de las mayores sorpresas de mi vida.

Clint asintió y desvió la mirada para poner en marcha el vehículo.

— Te entiendo, pero lo resolveremos sin problemas.

— Eso espero.

— ¿Qué demonios quieres decir con que no podemos anular el matrimonio? — gritó Clint.

No daba crédito a lo que Hightower acababa de decir. Era la primera vez que levantaba la voz a su antiguo jefe, pero como ya no lo era, Clint se sentía con el derecho a exigir una respuesta clara.

Miró a Alyssa, que se había puesto de pie y se apoyaba en la puerta. Por la expresión de su rostro, dedujo que también ella quería respuestas. Clint frunció el ceño al darse cuenta de que, desde que la había recogido en el aeropuerto, había estado pendiente de cada uno de sus movimientos y de sus reacciones.

— Hay una nueva normativa, Westmoreland — dijo Hightower —. Yo tampoco estoy de acuerdo con ella, pero no puedo hacer nada al respecto. Hemos intentado rectificar el error solicitando la anulación en cuanto nos dimos cuenta, pero dado que ha pasado mucho tiempo y que ninguno de los dos seguís trabajando con el Cuerpo, la Oficina ha tardado en reaccionar.

— Esto es absurdo — intervino Alyssa —. Clint y yo ni siquiera hemos llegado a vivir bajo el mismo techo, el matrimonio nunca fue consumado, así que no tendría por qué haber ningún problema en conseguir la anulación.

— Y no lo habría en circunstancias normales, pero la mujer que está ahora al cargo del departamento, Margaret Toner, opina de otra manera. Según tengo entendido, ella lleva cuarenta años casada y se toma la institución del matrimonio muy en serio. Puede que no coincidamos con su razonamiento, pero no tenemos más remedio que acatarlo.

— ¡Al infierno! — exclamó Clint, indignado.

– Al infierno o al cielo, como quieras – dijo Hightower, dejando un documento sobre el escritorio –. Tenéis treinta días. Toner ha accedido a otorgaros la anulación en treinta días.

Ni Clint ni Alyssa abrieron la boca. Los dos temían decir algo inapropiado, así que prefirieron contener la cólera. Finalmente, resignándose a lo inevitable, Alyssa dijo:

– No me gusta la idea, Hightower, pero si no hay más remedio... Puesto que llevo cinco años sin saber que era una mujer casada, no creo que me pase nada por seguir siéndolo treinta días más – concluyó, mirando a Clint de reojo.

Él frunció el ceño. Tampoco a él le iba a pasar nada, pero no le agradaba lo más mínimo. Aunque no había adquirido la fama de donjuán que tenía su hermano Cole, le gustaba ser soltero. Sin embargo, Alyssa tenía razón: treinta días más de un estado civil que desconocían hasta hacía apenas unos días, no cambiaría sus vidas.

– Está bien – dijo a regañadientes –, como dice Alyssa, treinta días más no pueden hacernos daño.

– Hay un pequeño detalle – dijo Hightower en un tono que inquietó a Clint.

Había trabajado con él lo bastante como para detectar que algo no iba bien. Alyssa debió de percibir lo mismo, pues se separó de la puerta y se acercó hasta quedarse de pie, a su lado.

– ¿Qué detalle? – preguntó Clint.

Hightower los miró alternativamente antes de responder.

– Para que el matrimonio se anule al cabo de treinta días, tenéis que cumplir con un requisito.

Clint sintió que le daba un vuelco el corazón. Estaba seguro de que no le iba a gustar lo que estaba a punto de oír.

– ¿Y qué es lo que Toner quiere que hagamos? – preguntó, haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

Hightower carraspeó antes de decir:

– Ha ordenado que durante esos treinta días, viváis bajo el mismo techo.

## Capítulo Dos

Alyssa miró a Clint de reojo. Era evidente que estaba furioso. Hacía veinte minutos que habían salido de la oficina de Hightower y Alyssa asumía que la llevaba en la furgoneta a tomar algo, pero Clint no se había molestado en decírselo. En cambio, eran incontables las veces que había mascullado algún impropio entre dientes.

Alyssa respiró profundamente, decidida a enfrentarse a él si era necesario.

– Tiene que haber alguna solución – comentó.

Clint le lanzó una mirada heladora.

– Ya has oído a Hightower, Alyssa. Podemos interponer un recurso de apelación, pero si es rechazado, sólo habremos retrasado cumplir los treinta días de convivencia.

«Cumplir treinta días». Clint se refería a ello como si fuera una condena. Y puesto que significaba pasar ese tiempo con ella, a Alyssa no le gustó su actitud. Tampoco ella estaba contenta con lo que Hightower les había dicho, pero eso no justificaba que Clint se portara como un grosero.

– Escucha, a mí tampoco me hace gracia nada de esto, pero si queremos la anulación tenemos que hacer lo que Toner exige y...

– ¡Ni hablar! – farfulló Clint, mirándola con antipatía al tiempo que paraba el coche en el aparcamiento de un restaurante—. Tengo demasiado trabajo como para dedicar treinta días a entretenerte.

Alyssa se puso furiosa.

– ¿Entretenerme? Se ve que asumes que vendré a vivir contigo.

Clint se encogió de hombros.

– Por supuesto.

Alyssa frunció el ceño. Clint sonaba tan seguro de sí mismo que le proporcionó un especial placer contradecirle.

– Te equivocas. No tengo la menor intención de permanecer en Austin contigo.

Clint entornó los ojos.

– ¿Y dónde piensas quedarte?

Alyssa le sostuvo la mirada.

– La cuestión no es dónde voy a quedarme yo, sino dónde vas a ir tú. Yo tengo la intención de volver a Waco, así que si piensas cumplir la condición de Toner, tendrás que venir conmigo.

Sus palabras acabaron por sacar a Clint de sus casillas.

– Escúchame bien. Tengo un rancho que atender y no puedo hacerlo desde Waco.

– Clint, no eres el único que tiene un negocio. No voy a dejarlo todo por venir a vivir contigo.

– Ni yo pienso mudarme a Waco. Sería una estupidez.

Alyssa estaba de acuerdo con él, pero eso no conducía a nada. Para vivir treinta días juntos, uno de los dos tendría que dar su brazo a torcer, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder.

– Está bien, ¿qué sugieres que hagamos para conseguir la anulación? – preguntó finalmente: Clint sacó la llave del contacto y dijo: – No lo sé. Pero pienso mejor con el estómago lleno – abrió la puerta –. Llegados a este punto, sólo se me ocurre sugerir que comamos algo.

Para cuando la camarera tomó el pedido, Clint estaba seguro de que alguien le había echado un mal de ojo. Era la única explicación posible para que Alyssa Barkley hubiera aparecido en su vida convertida en una mujer tan atractiva que la idea de vivir con ella bajo el mismo techo le resultaba inquietante. Pero había ejercido de ranger suficiente tiempo como para saber lo complicado que era solventar un problema burocrático. Alguien había cometido un error durante la misión y no había nada que hacer. De otra manera, no seguirían casados.

– ¿Sois trillizos, no? – preguntó súbitamente Alyssa.

Clint la miró por encima del borde de la taza.

– Sí, ¿cómo lo sabes?

Alyssa se encogió de hombros.

– Todo el mundo lo sabía en los rangers. Conocí a tu hermano Cole. Era muy agradable. También he oído que tenías una hermana.

– Así es – contestó Clint, pensando en Casey, que se había casado hacía unos meses –. Por orden de nacimiento, yo soy el mayor, luego viene Cole y luego, Casey.

– ¿Cole sigue trabajando para la policía de Texas?

Clint pensó que si Alyssa se animaba a hacer tantas preguntas se debía a que estaba más relajada.

– Sí – se limitó a contestar.

No la conocía lo bastante como para contarle que Cole pensaba dejarlos pronto. Iba a seguir su ejemplo y pedir un retiro anticipado. Todavía no había decidido qué hacer, o si iría a Montana, como Casey, para estar cerca de su padre, el padre al que los tres habían creído muerto hasta hacía pocos años.

Bebió un sorbo de café. Intuía que Alyssa intentaba conseguir que se relajara y dejara de pensar en el problema que los ocupaba, pero antes o después tendrían que tomar algunas decisiones.

– Bueno, Alyssa, volvamos a lo nuestro. ¿Tienes alguna sugerencia?

Alyssa sonrió.

– Podría volver a Waco y olvidar que estamos casados. Como te he dicho antes, no planeo casarme en un futuro inmediato. ¿Y tú?

– Tampoco, pero tener una mujer no es algo tan fácil de olvidar.

Había algunas consecuencias que no podía permitirse ignorar. Por ejemplo, ¿y si Alyssa decidía en algún momento exigir, como su esposa, la mitad de lo que poseía? Tenía un negocio próspero y, tras comprar la parte de Casey y de Cole, se había convertido en el dueño del rancho. No podía arriesgarse a que su «esposa» intentara arrebatarse aquello que le pertenecía.

Pero había otra razón por la que no conseguiría olvidar que tenía una esposa: Alyssa era demasiado hermosa y tenía un cuerpo demasiado perfecto. Sólo pensar en ello le elevaba la temperatura del cuerpo. Y puesto que era evidente que no podía haberse transformado de la noche a la mañana, no comprendía cómo no lo había notado cinco años atrás. La única justificación posible era que por aquel entonces sólo tenía ojos para Chantelle. Ella, sin embargo, no había resultado ser mujer de un solo hombre.

– Tiene que haber alguna manera de solucionarlo – dijo Alyssa con gesto de enfado.

Enfadada o no, sus labios eran voluptuosos y sensuales, y sus ojos negros, como el azabache. Clint se preguntaba si el tono cobrizo de su cabello era natural, y sintió una punzada en el estómago al imaginar lo fácil que sería averiguarlo con sólo... Se removió en su asiento para acomodar la presión que sintió en la bragueta.

Al darse cuenta de que Alyssa esperaba una respuesta, se apoyó en el respaldo de la silla.

– Tienes razón – dijo –. Sólo tenemos que encontrarla.

Alyssa era consciente de que Clint la estaba estudiando, lo mismo que ella a él. La tensión sexual entre ellos era innegable, pero que Clint se sintiera atraído por ella no significaba nada. Estaba segura de que le sucedía lo mismo con muchas otras mujeres. Después de todo, era un hombre y, tal y como le había explicado su tío Jessie para ayudarla a superar lo de Kim y Kevin, todos los hombres sucumbían ante los encantos de las mujeres. Eso no explicaba el comportamiento de su hija, Kim, para el que no había excusa posible.

– ¿Cuál es tu negocio?

Alyssa alzó la vista y vio que Clint la miraba.

– Diseño páginas Web.

– Ah.

Alyssa frunció el ceño. Para Clint podía tratarse de una banalidad, pero era el sueño en el que había invertido todo su dinero y, aunque no la había hecho millonada, le proporcionaba muchas satisfacciones.

– Para que lo sepas, es un negocio próspero y he ganado numerosos premios.

– Yo no he dicho lo contrario – dijo Clint, desconcertado.

Tenía razón, pero a Alyssa seguía sin gustarle su actitud.

– Escucha, Clint, los dos estamos alterados por lo que ha ocurrido. Lo mejor será que descansemos y mañana por la mañana volvamos a hablarlo.

– Está bien. He visto que traes una bolsa pequeña.

– Sí. Pensaba que solucionaríamos esto en un día.

– Puedes alojarte en mi casa. Hay sitio de sobra.

Aunque Alyssa agradeció la invitación, no le pareció una buena idea.

– Gracias, pero prefiero ir a un hotel.

– Como quieras – dijo Clint.

La camarera dejó ante él un gran plato de comida y Alyssa lo observó devorarlo, al tiempo que se preguntaba como era posible que no tuviera un gramo de grasa en su musculoso cuerpo si éstas eran las porciones que comía habitualmente.

– ¿Por qué me miras así? – preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

– Porque me asombra cuánto comes – dijo. La camarera dejó un sándwich y un cuenco de sopa frente a ella.

Clint se rió.

– Estoy creciendo. Además, necesito calorías. Hago un trabajo muy físico.

– ¿Qué es lo que haces?

Clint sonrió.

– Soy domador de caballos. Tengo a algunos hombres en Nevada. Atrapan caballos salvajes y los mandan al rancho. Luego, los envío a Montana, a la empresa de cría de caballos de mi primo y mi cuñado. Mi hermana trabaja con ellos de preparadora.

– Un negocio familiar...

– Así es.

Alyssa mantenía la vista fija en el sándwich para evitar cruzar la mirada con Clint, pues cada vez que lo hacía sentía una corriente eléctrica.

– Estoy pensando en tener una.

Alyssa miró a Clint desconcertada al tiempo que intentaba ignorar la reacción de su cuerpo.

– ¿Una qué?

– Una página Web.

Alyssa arqueó una ceja.

– ¿No tienes una?

– No.

– ¿Por qué?

– ¿De qué me hubiera servido?

– Para promover tu negocio.

– No lo necesito. Durango y McKinnon se ocupan de la clientela.

– ¿Quiénes son Durango y McKinnon?

Clint se limpió los labios con la servilleta antes de responder.

– Durango es mi primo y McKinnon está casado con mi hermana.

– Si no has necesitado una página Web hasta ahora, ¿por qué quieres una?

Clint pareció súbitamente cansado de contestar a sus preguntas.

– Para dar a conocer la fundación que acabo de crear.

– ¿Qué fundación?

– La Fundación Sid Roberts – como si quisiera adelantarse a la siguiente pregunta, Clint añadió –: Era mi tío.

Alyssa abrió los ojos desmesuradamente.

– ¿Sid Roberts era tu tío? – preguntó con incredulidad.

– Sí – dijo él sin abandonar su actitud displicente –. ¿Por qué no acabas de comer? Se te está enfriando la sopa.

Clint suspiró aliviado tras haber conseguido que Alyssa se callara. Junto con su hermana, Casey, debían de ser las dos únicas personas que consideraban que un sandwich y un cuenco de sopa representaban un almuerzo completo.

Se reclinó en el respaldo de la silla. La comida estaba deliciosa y tenía el estómago lleno, así que ya podía pensar. Eso no significaba que su problema tuviera una solución sencilla. Por un lado, le tentaba la posibilidad de presentar una apelación y ver qué sucedía; por otro, le desanimaba intuir que sólo significaría un aplazamiento de los treinta días de convivencia.

– No me has dicho por qué has creado una fundación en honor a tu tío – dijo Alyssa.

– ¿No? – preguntó Clint, tenso.

No la recordaba tan habladora. De hecho, y aunque sus dotes interpretativas habían resultado excepcionales, le había parecido una joven apocada y un tanto frágil para el trabajo de ranger.

No pudo evitar fijarse en los destellos dorados que el sol arrancaba a su cabello cobrizo, y una vez más le inquietó sentir un cosquilleo en el estómago. Hacía meses, desde que comenzara a trabajar con Durango y McKinnon, había decidido dejar su vida social, y especialmente a las mujeres, en un segundo plano.

– No – dijo ella sin inmutarse por la frialdad de su tono.

Clint tardó en responder.

– ¿Qué sabes de Sid Roberts? – preguntó finalmente.

Ella sonrió.

– Sólo lo que he leído en los libros de historia y lo que me ha contado mi abuelo.

– ¿Tu abuelo? – preguntó Clint, enarcando una ceja.

– Sí, era un gran fan de Sid Roberts. Según él, llegaron a coincidir en el circuito de los rodeos. Sé que el señor Roberts fue una leyenda en su tiempo, primero como estrella del rodeo y después como preparador de caballos.

– El tío Sid adoraba a los caballos y nos transmitió ese amor a mí y a mis hermanos. En su honor, hemos convertido una gran porción de nuestra propiedad en una reserva de caballos salvajes.

– ¿Para qué os molestáis en trasladarlos de un sitio a otro? ¿Por qué no los dejáis en Nevada?

Clint frunció el ceño.

– Porque muchos de ellos ocupan zonas que se necesitan para uso público. Y está a punto de aprobarse una ley que permitirá sacrificarlos.

– ¡Eso es espantoso! – exclamó ella, indignada.

– Así es – dijo él, que cada vez que hablaba de aquel tema tenía que controlarse para no montar en cólera –. Por eso he creado la fundación: para traer el mayor número de caballos posible.

Una vez más, fue consciente de que habían abandonado el asunto al que debían dedicar su energía y decidió volver a él.

– Alyssa, ¿qué vamos a hacer respecto a nuestro matrimonio?

Ella frunció el ceño.

– Hablas de ello como si fuese real cuando no lo es.

– No es a mí, sino a Toner a quien tienes que convencer. Puede que haya llegado el momento de que aceptemos que, sea de quien sea la culpa, lo cierto es que somos marido y mujer.

Alyssa fue a protestar, pero sabía que Clint tenía razón.

De acuerdo, ahora que te has llenado el estómago, ¿qué sugieres?

—No te va a gustar.

—Si es lo que imagino, supongo que no.

Clint suspiró profundamente.

—¿Tenemos otra alternativa?

Alyssa sabía que no, pero aun así...

—Tiene que haberla.

—Según Hightower, no. Ya le has oído.

—¿Y por qué no luchamos?

—¿Y por qué no hacemos lo que nos piden y zanjamos el asunto?

Alyssa se mordisqueó el labio inferior.

—Está bien, pero eso no resuelve el problema de dónde establecernos, si aquí o en Waco.

Era consciente de que estaba siendo poco cooperativa. Clint tenía que estar en el rancho para dirigirlo, mientras que ella podía trabajar desde cualquier parte mientras contara con un ordenador y acceso a Internet.

—Alyssa, comprendo que prefieras trabajar desde Waco, pero si te proporcionara todo lo que necesites, ¿podrías hacerlo desde aquí? —preguntó Clint.

—Sí —dijo ella, en un ejercicio de honestidad.

—¿Y estás dispuesta a hacerlo? —preguntó él—. El rancho es muy agradable y yo apenas estoy en casa, así que no te importunaré.

Ladeando la cabeza, Alyssa lo estudió detenidamente. Por más que no le apeteciera, tenía sentido que fuera ella quien se mudara. Además, sería la manera más rápida de resolver el problema y que cada uno retomara su vida anterior. Aun así...

—¿No tienes novia fija? —preguntó.

—Ni fija ni intermitente. No tengo tiempo.

Alyssa arqueó una ceja. No comprendía por qué los hombres pensaban que tenían que «hacer un hueco» a las mujeres, ni por qué valoraban su privacidad por encima de todo.

—¿Y tú? —preguntó Clint—. ¿Hay algún hombre importante en tu vida?

Alyssa pensó en las esporádicas llamadas que recibía de Kevin suplicándole que volviera con él cuando, gracias a las insinuaciones de Kim, ella sabía que seguían viéndose ocasionalmente.

—No. Me pasa lo mismo que a ti: no tengo tiempo.

Clint asintió.

– Entonces, no hay ninguna razón que nos impida hacerlo.

Alyssa no llegaba a estar plenamente convencida. Por si acaso, dijo:

– Necesito consultarlo con la almohada.

– Muy bien, ¿te importaría dormir en el rancho? – preguntó Clint –. De paso, podrás decidir si estás dispuesta a vivir en él.

Alyssa habría preferido no hacerlo, pero Clint tenía razón. Estaba acostumbrada a vivir en la ciudad, y necesitaba comprobar si podría adaptarse a vivir en el campo.

– Está bien, Clint. Dormiré en el rancho y por la mañana te daré una respuesta.

Clint ladeó la cabeza.

– Eso es todo lo que te pido.

## Capítulo Tres

—¿Sabes montar a caballo?

Alyssa miró a Clint de reojo. Se encontraban de nuevo en la furgoneta y estar encerrada con él en un espacio tan reducido le hacía nuevamente consciente de lo atractivo que era. Sus facciones, sus fuertes manos asiendo el volante... todo él destilaba masculinidad.

—¿Alyssa?

Alyssa se sobresaltó al darse cuenta de que no había contestado.

—Sí y no —dijo.

Clint la miró desconcertado.

—O puedes o no puedes.

—No creas. Hay otra opción: sé montar, pero prefiero no hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque los caballos me tienen ojeriza.

Clint se rió.

—Eso sólo es posible si no has aprendido a relacionarte con ellos. Los caballos son muy intuitivos. Detectan tus miedos, tu personalidad. Son los animales más sencillos del mundo.

—Claro, como tú los domas... —Alyssa miró por la ventanilla y admiró el paisaje, que se hacía más hermoso cuanto más se alejaban de la ciudad.

—Opinaría lo mismo aun cuando no los domara. Si te quedas en el rancho, te garantizo que acabarán por gustarte.

—No he dicho que no me gusten, Clint. Pero me han tirado al suelo las suficientes veces como para darme por vencida.

Clint se volvió a reír.

—Si yo hubiera dejado de montar por la cantidad de veces que me han tirado, lo habría dejado hace años. Caerse forma parte de ello.

Alyssa le escuchó, pero sus palabras no le hicieron cambiar de opinión.

La furgoneta se había parado y miró a Clint. Este la estaba observando de una manera que le aceleró el pulso.

—¿Qué pasa? —preguntó con un hilo de voz.

Clint se sobresaltó como si sólo entonces fuera consciente de estar mirándola.

—Nada —masculló.

Alyssa tuvo que morderse la lengua para no llevarle la contraria y decirle que claro que pasaba algo y que ella también lo había percibido. Miró de nuevo por la ventanilla y se dijo que vivir cerca de él no iba a resultar nada fácil. Tendría que confiar en que, tal y como Clint le había explicado, pasaría la mayoría del tiempo trabajando y coincidirían lo menos posible.

– ¿Qué le parecerá a tu familia?

Alyssa miró a Clint. Afortunadamente, él miraba al frente y pudo ahorrarse las sensaciones que sus ojos despertaban en ella.

– ¿El qué? – preguntó mientras se decía que la voz de Clint le gustaba más de lo que le convenía.

– Que vayas a vivir un tiempo conmigo en el rancho. Si es que decides hacerlo...

Alyssa suspiró. No valía la pena explicar que para algunos miembros de su familia, sería un alivio perderla de vista durante un tiempo. Ésa era la principal ventaja de aquellos treinta días. Pasar algún tiempo fuera de Waco le sentaría bien. A Kim no le había bastado con arruinar su boda. Parecía dispuesta a impedir que la vida de Alyssa mejorara.

– No, no creo que le importe a nadie – dijo finalmente –. ¿Ya los tuyos?

Clint sonrió y una llamarada prendió en el interior de Alyssa.

– A mi familia le parece bien todo lo que hago. Mis hermanos y yo estamos muy unidos pero no nos inmiscuimos en la vida de los otros – se rió quedamente y su risa fue como una caricia para Alyssa –. Bueno, Cole y yo no siempre hemos sido tan respetuosos con Casey. La considerábamos nuestra responsabilidad, sobre todo en lo relativo a novios. Pero ahora que se ha casado con McKinnon, las cosas han cambiado.

– ¿Llevan mucho tiempo casados?

Clint sacudió la cabeza.

– Desde finales de noviembre. McKinnon es un gran cuñado.

Alyssa sonrió.

– Eso es un cumplido.

– Es la verdad. Y eso que Cole y yo le compadecemos. Casey puede ser increíblemente testaruda.

– ¿Tu hermano y tu hermana son tu única familia?

– Eso creíamos hasta hace poco. Mi madre vino a vivir al rancho del tío Sid cuando su marido supuestamente murió en un rodeo y ella se quedó sola y embarazada de trillizos.

Alyssa lo miró desconcertada.

– ¿Supuestamente?

– Eso es lo que nos dijeron el tío Sid y ella, pero en realidad nuestro padre estaba vivo. Mi madre pensó que le hacía un favor no contándole que estaba embarazada. Y así fue como Cole, Casey y yo crecimos creyendo que éramos huérfanos de padre.

– ¿Cuándo os enterasteis de la verdad?

– Mi madre decidió confesarlo todo poco antes de morir.

Alyssa pensó al instante en la confesión de su abuelo, también en el lecho de muerte. Le había contado que era su padre biológico y no su abuelo. Y con ello su vida había dado un vuelco.

– ¿Y qué pasó después?

Clint la miró de una manera que Alyssa interpretó al instante porque le recordó a la que solía dirigirle su abuelo cuando pensaba que hacía demasiadas preguntas.

– Cole y yo decidimos buscarlo y mantener una relación con él a pesar de que suponíamos que no sería fácil. Después de todo, no sabíamos cómo reaccionaría al saber que tenía tres hijos de casi treinta años.

Sabiendo que Clint tenía treinta y dos años, Alyssa dedujo que no hacía mucho que había pasado aquello y que debía de haberse producido más o menos al tiempo que su propio descubrimiento sobre su padre.

– ¿Lo localizasteis?

Clint se rió.

– A él y a un montón de primos. De pronto nos encontramos en medio de una familia de Westmoreland que nos dio la bienvenida con los brazos abiertos. Fue increíble.

A Alyssa le alegró que todo hubiera salido tan bien, pero se dio cuenta de que Clint no había mencionado a Casey.

– ¿Cómo reaccionó tu hermana al encontrarse con tu padre?

Sentía curiosidad. En su caso, cuando supo que Isaac Barkley no era su abuelo sino su padre, pensó que habría querido saberlo con anterioridad. De haber sido así, muchas de las cosas que le resultaban incomprensibles de su familia habrían adquirido sentido. E Isaac y ella podrían haberse enfrentado juntos a los celos y al odio de los demás. Pero él había muerto, dejándola sola.

– Para ella fue más difícil. Le costó aceptar que mamá nos hubiera engañado durante tantos años. Pero ahora tiene una gran relación con nuestro padre y, de hecho, se mudó a Montana para estar cerca de él. Allí conoció a McKinnon.

Alyssa suspiró. En parte, ansiaba enamorarse, pero sabía que eso no sería posible mientras Kimberly Barkley siguiera decidida a impedir que fuera feliz.

– Ésta es la entrada al rancho, Alyssa.

Alyssa se inclinó hacia delante para ver mejor por el parabrisas y la belleza de la vista que los rodeaba le cortó la respiración. Ella había vivido muy feliz en un pequeño rancho en Houston durante los trece primeros años de su vida, hasta que un

día, de la noche a la mañana, su madre la había mandado a vivir a la ciudad con su abuelo.

– ¡Es maravilloso, Clint! ¿Cuántos kilómetros tiene? – mirara donde mirara, se veían cadenas montañosas, llanuras y amplias praderas. Debía de ser maravilloso ver aquel paisaje a diario.

– Unas veinte mil hectáreas. Aunque el tío Sid era un seductor, nunca llegó a casarse, así que nos dejó el rancho a mis hermanos y a mí.

Alyssa asintió. No quería pararse a pensar en lo maravilloso que sería no temer que Kim se presentara en cualquier momento en su casa para hacerle la vida imposible.

Clint paró la furgoneta y, al mirarlo, Alyssa vio que sonreía.

– Quiero enseñarte algo – dijo él. Y tras bajar del vehículo la condujo hasta el borde de una pared rocosa –. Mira – dijo, señalando.

Ella obedeció. Sólo entonces vio la casa, al fondo del valle. Era enorme y estaba rodeada por varios graneros y otros edificios. Se veía un corral lleno de caballos y apenas se distinguían algunos hombres trabajando con ellos.

– ¡Es impresionante, Clint! – dijo Alyssa, girándose hacia él.

Sólo entonces se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro, del calor que emanaba de Clint y de la acariciadora mirada con la que la estaba observando. Alyssa fue a dar un paso atrás, pero él la tomó por la cintura. Aunque ella no supo si lo hacía para evitar que tropezara o para retenerla, lo cierto fue que sintió que su tacto la quemaba a través de la blusa. Alyssa deslizó la mirada desde los ojos de Clint hasta sus labios, la parte de su cuerpo que siempre la había fascinado. Siempre se había preguntado qué sentiría si los besara, imaginando que su roce sería suave inicialmente para luego volverse exigente y voraz.

Ella nunca había sido especialmente osada, pero su abuelo le había enseñado a conseguir aquello que quería. Y eso fue lo que decidió hacer en aquel mismo instante. Clint se estaba inclinando hacia ella o quizá sólo se lo imaginaba, pero para cerciorarse, Alyssa se echó hacia delante y apoyó las manos en el pecho de él.

El primer roce de sus labios activó varios centros de placer en Alyssa. Cuando ella entreabrió los suyos, Clint se adentró en su boca. Sabía caliente, sabía a hombre. Y Alyssa se dejó llevar por su beso como si su deber fuera aceptarlo. Entrelazaron sus lenguas, alcanzaron cada rincón de la boca del otro y en un movimiento que Alyssa no hubiera creído posible, Clint metió la lengua aún más profundamente en su boca para que ella, instintivamente, se la succionara y acariciara con la suya. Aquel beso lo contenía todo: la solicitud de reciprocidad y la promesa de la plenitud. Y la intensidad que Clint estaba poniendo en él convertía la tranquila existencia de los dos últimos años de Alyssa en una pérdida de tiempo y de energía.

Aunque luego se arrepintiera, estaba dispuesta a disfrutarlo hasta el final. Y por más que se decía que era una locura y que no tenía sentido que aquello sucediera el primer día que veía a Clint después de cinco años, lo cierto era que todo su cuerpo reaccionaba aprobando lo que estaba haciendo.

Clint rompió el beso bruscamente. Tomó aire a bocanadas y se concentró en dominar la presión en su ingle. ¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿Dónde estaba el férreo control por el que era conocido? ¿Qué había ocurrido con su determinación de evitar todo aquello que pudiera alterar su calma?

Guardó silencio sin apartarse de Alyssa, mirándola mientras intentaba frenar su acelerado corazón. Ella le había devuelto el beso con la misma pasión con la que él se lo había dado. Inicialmente, la poca experiencia que había mostrado lo había desconcertado, pero aprendía rápido, y en cuanto él había puesto en acción su lengua, ella no había titubeado en hacer lo mismo.

—¿Qué ha pasado, Clint? —preguntó ella finalmente en voz baja.

Alyssa lo miraba al tiempo que se humedecía los labios y la sensualidad del gesto hizo que a Clint se le formara un nudo en el estómago.

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti —masculló él—. Ha sido un beso compartido, no forzado por mí.

Pensó que Alyssa lo negaría, pero no fue así. Se limitó a separarse de él y volver la mirada hacia el rancho.

—Prometo que mantendré mi deseo bajo control los próximos treinta días —se adelantó a decir él.

Alyssa ni habló ni se movió durante unos segundos. Luego, se volvió hacia él y Clint se sintió sacudido por un deseo que no recordaba haber sentido nunca.

—¿Podrás? —preguntó finalmente ella.

Clint la miró fijamente. Le costaba concentrarse en sus palabras.

—¿Que si puedo qué? , —Dominar tus impulsos durante un mes —Clint la vio cuadrarse y respirar como si ella también tuviera que recuperar el dominio de la situación. Sus ojos adoptaron una expresión solemne—. Tengo que saberlo antes de decidir si puedo quedarme o no.

Clint frunció el ceño. ¿Le temía? Se acercó a ella con paso firme y, obligándole a mirarlo a los ojos, dijo:

—Deja que te aclare una cosa, Alyssa. No tienes nada de qué preocuparte. Respetaré los límites que pongas. Si no hay una mujer en mi vida es porque no la necesito. Mi vida es eso que ves ahí abajo. Tú eres mi esposa sólo en el papel y no pienso olvidarlo. Después de treinta días, querré que te vayas. No tengo tiempo para mantener una relación. Lo único duradero en mi vida son el rancho y la fundación. No necesito nada más.

—¿Y por qué me has besado? —no pudo evitar preguntar Alyssa.

Clint vio que sus ojos centelleaban y que se había tomado sus palabras como una ofensa.

—Supongo que nos hemos besado —dijo lentamente —por una mezcla de curiosidad, necesidad y deseo. Es mejor que hayamos puesto a prueba las tres cosas antes de llegar a casa. Te aseguro que no volverá a pasar.

Alyssa frunció el ceño. No le convencía la manera en la que Clint hablaba. ¿Había encontrado su beso tan decepcionante que estaba seguro de no volver a tener la tentación de repetirlo? Kim siempre le había dicho que no les resultaba atractiva a los hombres, o que no era capaz de sentir placer ni aunque le obligaran a experimentarlo.

Pero Clint acababa de demostrar que su prima era una mentirosa. Sus labios le habían dejado saber sin ningún tipo de dudas qué era el placer. Y había estado a punto de ahogarse en él.

—Después de esto, ¿estás dispuesta a venir al rancho conmigo... —preguntó Clint, sacándola de su ensimismamiento —o prefieres que te lleve al hotel?

—Todavía no he decidido qué voy a hacer —dijo ella, lanzándole una mirada airada.

—Sólo quiero que estés segura de lo que haces.

Bajo la aparente calma de Clint, Alyssa intuyó que se impacientaba con facilidad. También lo había pensado durante la cena. Volvió la mirada hacia el valle y luego miró de nuevo a Clint.

—Al menos por esta noche me alojaré en el rancho.

—Entonces, será mejor que nos vayamos. Tengo mucho que hacer.

Ya en la furgoneta, Clint puso el motor en marcha y Alyssa miró por la ventanilla. Acababa de recibir una demostración de lo que significaba la palabra «pasión» de manos de su «marido». Y ella se había entregado sin oponer resistencia. Por algún extraño motivo, podía intuir una faceta rebelde en Clint que probablemente él mismo desconocía. Un algo salvaje que ella había percibido en su beso. Si no se equivocaba, Clint reprimía una gran pasión que, si alguna vez la liberaba, podría tener consecuencias devastadoras. Y el día que eso sucediera, ¿habría alguna mujer capaz de domar a Clint Westmoreland? Alyssa lo dudaba.

## Capítulo Cuatro

Si desde lejos el rancho resultaba grande, al estar delante de él se apreciaba lo realmente espacioso que era. Clint confiaba en que Alyssa se convenciera de que podían vivir allí cuatro semanas sin necesidad de verse.

Se abrió la puerta principal y Chester salió a recibirlos. Desde hacía años, era cocinero, mayordomo y, ocasionalmente, cuando había mucho trabajo en el rancho, peón. Medía casi dos metros y pesaba más de cien kilos. A sus sesenta y cinco años, podía resultar intimidante, pero en realidad era tan dulce y amable como un oso de peluche.

Clint sabía que Chester se consideraba el padre adoptivo de los trillizos. Nunca dejaba pasar la ocasión de decir que había ayudado al doctor Shaw a asistir el parto de los hermanos. Aparentemente, eso le daba derecho a creer que sabía mejor que ellos lo que les convenía. Había sido Chester quien había insistido en que Cole y él localizaran a su padre. Y desde que Casey estaba felizmente casada, había comenzado una campaña para conseguir que Cole y él la imitaran. En su opinión, el matrimonio era una bendición de la que él había disfrutado durante treinta años, hasta que, no hacía mucho tiempo, su adorada Ada había fallecido.

Clint se dio cuenta de que Chester estaba evaluando a Alyssa. Probablemente trataba de decidir si era lo bastante fuerte como para soportar las dificultades de la vida en un rancho, y si tenía suficiente personalidad como para manejarle a él. Según Chester, el rancho Golden Glade necesitaba una mujer fuerte físicamente, y con carácter.

Clint le había explicado por la mañana el error cometido por la agencia. Lo que todavía no sabía, y a Clint le horrorizaba tener que decírselo, era que tendrían que pasar treinta días juntos en el rancho para conseguir el divorcio.

— Ya lo he dicho antes, Clint, pero tu casa es maravillosa — dijo Alyssa.

Clint apartó los ojos de Chester para mirarla. El sol iluminaba su perfil y el suave brillo que proporcionaba a sus facciones le hizo recordar lo deliciosos que eran sus labios. Aun en aquel instante, a pesar de la promesa que le había hecho, su mayor deseo era devorar su boca y deleitarse con su sabor.

Alyssa miró en su dirección y a él se le formó un nudo en el estómago. No le gustaba lo que le hacía sentir. Consciente de que Alyssa esperaba una respuesta, dijo:

— Gracias. Permite que te presente a Chester. Luego, te enseñaré la casa.

Chester bajó los peldaños de la escalera directo hacia Alyssa, le tomó la mano y sonrió.

— Bienvenida al Golden Glade. Así que eres la esposa de Clint. Es un placer acogerte — sin darle tiempo a contestar, añadió —: Eres lo que Clint necesita.

Clint hubiera querido abofetearlo.

\*\*\*

Alyssa se quedó estupefacta. Que estuvieran casados no era más que un error burocrático que necesitaba ser rectificado, pero el comentario de Chester le hizo consciente de la seriedad del problema y de lo importante que era resolverlo con la mayor prontitud posible.

Como no estaba segura de qué contestar, decidió pasar por alto lo referente a su estado civil.

—Es un rancho precioso —miró de reojo a Clint y vio que fruncía el ceño. También a él debía de haberle inquietado que Chester le recordara su situación.

—Gracias. Clint es el principal responsable de que así sea —dijo Chester—. Pero ya le he dicho un sinfín de veces que lo que este rancho necesita es...

—Alyssa, éste es Chester, cocinero, mayordomo... —lo interrumpió Clint.

Sin inmutarse, Chester asintió antes de continuar como si nada:

—Este rancho necesita un toque femenino.

Alyssa sintió que la cabeza le daba vueltas a la vez que se preguntaba si Chester sabría que su matrimonio no era más que un papel. Miró a Clint de reojo, pero él mantenía una expresión inescrutable.

—Encantada de conocerte, Chester —dijo, decidiendo que no le correspondía entrometerse en la relación entre Clint y sus empleados.

Chester le dedicó una amplia sonrisa.

—El placer es mío. Permite que te enseñe la casa.

—No, se la voy a enseñar yo.

Alyssa y Chester se volvieron hacia Clint.

—Creía que tenías mucho trabajo —dijo Chester.

Alyssa había pensado exactamente lo mismo. Vio que Clint se encogía de hombros.

—Puedo hacerlo más tarde —dijo.

Alyssa miró a Chester y, por un instante, creyó apreciar un brillo malicioso en sus ojos.

—Como quieras —dijo Chester—. Así empezaré a preparar la cena —y tras sonreír por última vez a Alyssa, se marchó.

—Primero te acompañaré a tu dormitorio y luego te enseñaré el resto de la casa —dijo Clint.

Alyssa se giró y le vio acercarse a la furgoneta a recoger sus cosas. Era innegable que tenía una sensual manera de caminar.

Como si hubiera notado que lo observaba, Clint se volvió.

– ¿Estás bien, Alyssa? – preguntó con cara de preocupación.

Alyssa tuvo la súbita necesidad de abrazarse para protegerse de la intensidad de su mirada. Era la primera vez desde que su abuelo había muerto que alguien se preocupaba por ella.

– Sí. Gracias por preguntar – dijo.

Clint se limitó a asentir antes de abrir la puerta de la furgoneta, tomar la bolsa de viaje y volver junto a ella. Alyssa era consciente de que se sentía tan incómodo con la situación como ella. Pero encontrarían la manera de superarla. Cinco años atrás, había aprendido que Clint Westmoreland era capaz de lidiar con cualquier dificultad que se le presentara. Su fuerza había despertado su admiración.

– Ven por aquí – dijo Clint.

Se había detenido delante de ella y su proximidad le alteró la respiración. Tragó saliva para dominarse. En el transcurso de su misión, habían tenido que pasar tiempo juntos. Durante una semana completa incluso habían compartido la habitación de un hotel, pero, llegado el momento de dormir, él ocupaba el sofá y ella la cama. Si habían sido capaces de convivir en un espacio tan reducido, también podrían hacerlo en aquella gran casa. La única diferencia era que en el pasado, aunque había encontrado a Clint atractivo, su presencia no la había turbado como en el presente. Era como si de pronto fuera consciente de su sexualidad. Antes, lo había admirado como hombre, pero al contrario de lo que le sucedía en aquel momento, mirarlo no le cortaba la respiración. Y eso le hacía cuestionarse cómo iba a superar los treinta días de convivencia que tenía por delante.

Clint abrió la puerta y se echó a un lado para dejarle pasar. Alyssa sintió un hormigueo en el estómago provocado por la intuición de que su vida cambiaría a partir del momento que cruzara el umbral de aquella casa.

En tensión, Clint vio entrar a Alyssa en su hogar. No recordaba haber sido tan consciente de la presencia de una mujer en toda su vida. Hasta su perfume parecía haberse grabado en las células de su cerebro.

Para tranquilizarse tuvo que recordar que sólo tenían que estar juntos treinta días. Su trabajo en el rancho le llevaba casi todo el día. Necesitaba mantener la mente ocupada con sus quehaceres. Sólo tenía tiempo para el rancho y para mantener viva la memoria de su tío.

Sus pensamientos volvieron a Alyssa al verla detenerse en medio del salón y mirar a su alrededor. Parecía asombrada, sin habla.

– ¡Es increíble...! – musitó finalmente.

– Una decoradora profesional se ocupó de todo. Especialmente de los dormitorios de invitados.

– ¿Recibes a muchos invitados? – preguntó ella, mirándolo de soslayo.

Clint se rió.

—Sí. La familia Westmoreland es muy amplia y les encanta pasar por aquí. Como te he contado antes, tengo un montón de primos que, al enterarse de que Cole, Casey y yo existíamos, nos acogieron calurosamente —miró el reloj—. Vayamos a tu dormitorio para que puedas refrescarte. Luego te enseñaré el resto.

Unos minutos más tarde, Alyssa acariciaba con dedos temblorosos los magníficos muebles de su dormitorio. Debía de haber unos diez dormitorios de invitados. Clint le había explicado que a su tío le encantaba recibir visitas. Y la amplitud y distribución de la casa había permitido destinar numerosas habitaciones a dormitorios. La puerta principal daba a un gran vestíbulo que accedía a un enorme salón. También a una cocina-comedor y a un comedor para las ocasiones formales.

La casa tenía cuatro alas que partían del salón, cada una de ellas correspondiéndose con los puntos cardinales. El dormitorio de Clint era enorme y estaba situado en el ala norte. Alyssa apenas pudo echarle una ojeada, pero le había parecido precioso.

La belleza de cada rincón de la casa era indescriptible. Era evidente que Clint tenía un gusto exquisito por las cosas caras y que estaba dispuesto a gastar el dinero que fuera necesario para obtenerlas.

Clint la había dejado sola para que se instalara y Alyssa intentó ralentizar el acelerado ritmo de sus pulsaciones, respirando profundamente para deshacer el nudo que se le había formado en el estómago.

Miró hacia su bolsa de viaje. Sólo contenía un neceser, una muda y una gran camiseta que hacía las funciones de camión. Si se decidía a quedarse, tendría que ir a buscar más cosas a Waco. Imaginaba que sus amigos habrían empezado a preguntarse dónde estaba. Sólo su tía Claudine conocía el destino y el motivo de su viaje. Alyssa se rió al imaginar lo encantada que estaría su tía abuela de sesenta años al ser el único miembro de su familia conocedor de su secreto.

Acababa de colocar sus cosas en un cajón cuando Clint llamó a la puerta. Una llamada a su tía Claudine la había intranquilizado cuando ésta le informó de que Kim empezaba a hacer preguntas.

Al oír que Clint llamaba de nuevo, cruzó la habitación para abrir la puerta.

—Habíamos quedado en que vendría a por ti. ¿Estás lista?

Alyssa le miró a los ojos y se sintió atrapada por ellos. Luego, deslizó la mirada hacia sus labios y pensó en el beso que se habían dado y en el fuego que había sentido en su interior cuando sus lenguas habían entrado en contacto.

Por un instante pensó que no debía ir con él a ninguna parte. Ni siquiera sabía si podría moverse, pues se sentía paralizada. Pero de pronto recordó que había decidido que ningún hombre volvería a tener poder sobre ella. Kevin le había

enseñado una lección que no pensaba olvidar. Estudió de nuevo las facciones de Clint, sin lograr interpretar su expresión.

– Clint...

– ¿Sí?

Clint dio un paso hacia delante y Alyssa tuvo que alzar la cabeza para mirarlo. Era tan alto y tan guapo... Pero fruncía el ceño con gesto de preocupación.

– ¿Qué pasa? – preguntó ella, dejando que las palabras escaparan de su boca sin intentar detenerlas.

Clint se encogió de hombros con indiferencia.

– Dímelo tú.

Clint tenía razón. Era ella quien había dicho su nombre, pero al ver cómo la miraba, se le había acelerado la sangre y había olvidado lo que iba a decir. De pronto lo recordó:

– Si estás ocupado, puedo dar una vuelta yo sola.

– No estoy demasiado ocupado, así que te acompañaré.

Alyssa notó que su gesto se había hecho más sombrío y tuvo la sensación de que se arrepentía de haberla invitado a pasar la noche.

Tras recorrer la casa, bajaron la escalinata principal hacia el jardín. Los entusiastas comentarios de Alyssa habían halagado a Clint, y eso que nunca había dado importancia a la opinión ajena.

– ¿Tu hermana viene a menudo?

Clint miró a Alyssa. Parecía más baja y, echando una rápida ojeada, comprobó que había cambiado los zapatos de tacón por unas deportivas, lo cual demostraba que era una mujer con sentido común. El campo y los tacones no hacían una buena combinación.

– Desde que se fue a Montana ha vuelto en una sola ocasión, para hacerse el traje de novia. La señora Millar, la modista del pueblo, siempre había dicho que quería ser ella quien lo diseñara si alguna vez llegaba a casarse – explicó. La pregunta de Alyssa le hizo recordar algo –: pero ella y McKinnon van a venir en un par de semanas. ¿Por qué?

Alyssa se encogió de hombros.

– ¿Y Cole?

Clint la miró de soslayo.

– ¿Qué pasa con Cole?

– ¿Vive aquí?

– No. Tiene una casa en la ciudad, pero casi siempre está fuera, destinado en una u otra misión – Clint creyó adivinar por qué Alyssa hacía aquellas preguntas –. Si te preocupa lo que mis hermanos puedan pensar sobre nuestra situación, relájate.

No harán preguntas – al ver la mirada de suspicacia que Alyssa le dirigía, añadió –: Y no es porque suela traer a mujeres al rancho, sino porque respetan mi privacidad. Además, nosotros no hemos hecho nada malo.

– Entonces, ¿piensas decirles la verdad sobre mí?

– ¿Que eres mi esposa?

– Sí.

Clint la miró a los ojos.

– ¿Por qué no iba a hacerlo? Además, si Chester lo sabe, ellos lo sabrán pronto. Está empeñado en que necesito una esposa.

– ¿Qué le hace pensar eso?

– Teme que, como el tío Sid, me dedique tanto al rancho que no me quede tiempo para mantener una vida social o crear una familia. Hará cualquier cosa para convencerme.

Guardaron silencio durante unos minutos, pero a Clint no le pasaron desapercibidas las miradas de aprobación que lanzaban los peones a Alyssa y fue consciente de que le irritaba.

– Este sitio es enorme – exclamó Alyssa para abandonar un tema que resultaba demasiado incómodo.

Clint se lo agradeció.

– Sí – replicó.

– ¿Tienes muchos trabajadores?

– Más de cien. Como te dije, pueden pasar días enteros sin que tengamos por qué coincidir – para él, eso sería lo mejor. Lo último que necesitaba era obsesionarse con una mujer –. ¿Volvemos? – preguntó. Y la vio retirarse un rebelde mechón de cabello hacia atrás.

– Sí... Y gracias por hacer de guía.

Mientras caminaban lentamente hacia la casa en silencio, Clint se indignó consigo mismo por no ser capaz de olvidar las sensaciones que le habían transmitido los labios y la lengua de Alyssa. Sólo recordarlo le hacía sentir una presión en la ingle. Su cuerpo le advertía que llevaba demasiado tiempo sin acostarse con una mujer.

Le había dicho a Alyssa que dominaría sus instintos sin dificultad, pero él mismo no estaba tan seguro de lograrlo. Aun así, estaba decidido a mantener una voluntad de hierro para cumplir su promesa. Y aunque el deseo lo consumiera por dentro, saber que si había algo que podía complicar su vida, era una esposa, le ayudaría a superar la tentación.

## Capítulo Cinco

– Te lo advierto, Alyssa, esa chica no tiene buenas intenciones.

Alyssa se cambió el teléfono de lado. Su tía Claudine solía hacer ese tipo de comentarios sobre Kim, y a ella no le costaba creerla.

Hacía meses que no sabía nada de ella. Desde el día en que su prima había conseguido sabotear uno de sus proyectos más ambiciosos, en el que había invertido una gran cantidad de tiempo y de dinero. Como de costumbre, Kim lo había negado todo y Alyssa no había podido probar sus acusaciones.

– Estoy segura de que tienes razón, tía Claudine, pero no puedo hacer nada. Ya conoces a Kim; es una caja de sorpresas.

Unas sorpresas que normalmente perjudicaban a Alyssa. El repertorio de Kim era inagotable e incluía desde el sabotaje de sus proyectos más importantes a acostarse con su prometido y luego molestarse en enviarle por mensajero las fotografías que lo probaban, momentos antes de que Alyssa partiera para la iglesia.

Los problemas con Kim habían comenzado el mismo día en que Alyssa llegó a casa de los Barkley para vivir con su abuelo y su tía abuela. Aunque su madre nunca le había explicado por qué la alejaba de ella.

Alyssa estaba convencida de que a Kate Harris le inquietaba el interés que el cuerpo pubescente de su hija de trece años despertaba en el último de sus amantes.

Su madre nunca le había desvelado la identidad de su padre. De hecho, ni siquiera había sabido que tenía abuelo. Justo antes de dejarla en el avión, su madre le había dicho que era la hija ilegítima del difunto hijo de Isaac Barkley, Todd. Todd había fallecido en acto de servicio con los rangers.

Alyssa había llegado a Waco angustiada y con una espantosa sensación de abandono, pero pronto descubrió que el abuelo Isaac y la tía Claudine eran una bendición. Al instante le hicieron sentirse querida y protegida.

Desafortunadamente, la generosidad de sus nuevos familiares con ella no fue del agrado de su prima Kim, que era de su misma edad. Kim era la hija del otro hijo de Isaac, Jessie, cuya mujer había muerto cuando Kim tenía seis años. Según le habían contado a Alyssa, las infidelidades de Jessie habían arrastrado a su esposa al suicidio y para compensar su sentimiento de culpabilidad, había convertido a Kim en una niña mimada y consentida. No era de extrañar que al llegar Alyssa, se sintiera herida por perder parte de la atención que siempre había recibido.

Desde el primer momento, Kim se había convertido en la pesadilla de Alyssa. Primero, había urdido todo tipo de artimañas para conseguir que la castigaran.

Al ver que el abuelo Isaac no caía en la trampa y protegía a Alyssa, la maldad de Kim fue en aumento, hasta llegar a convertir la adolescencia de Alyssa en un

infierno que sólo había logrado superar gracias al cariño de su abuelo y de su tía abuela.

Tampoco le había resultado fácil aceptar que su madre nunca fuera a visitarla ni tan siquiera se pusiera en contacto con ella. Kim solía decir que vivía de la caridad de los Barkley y que muchos miembros de la familia sospechaban que no era de Todd. Alyssa no le había creído porque su abuelo la trataba con tanto cariño que estaba convencida de ser su nieta. Justo antes de que muriera, toda la familia se había enterado de que en realidad era su hija. La noticia había caído como una bomba en la familia, sobre todo al descubrir que le había donado una parte proporcional de su herencia, lo que para Kim, se había convertido en el último y más severo motivo de rencor.

– Alyssa...

Su tía la devolvió al presente.

– ¿Sí, tía Claudine?

– ¿Podrás soportar convivir con ese hombre durante un mes? Al menos así conseguirás que declaren nulo el matrimonio... si eso es lo que quieres.

Alyssa sonrió. Como de costumbre, su tía intentaba actuar de celestina.

– Claro que es lo que quiero. Como dice Clint, este matrimonio es fruto de un error y no es justo que nosotros suframos las consecuencias – explicó Alyssa.

Claudine se rió.

– No debe de ser muy terrible si es tan atractivo como me dijiste.

Sí. Alyssa no había mentido. No se podía mentir respecto al aspecto físico de Clint. Kevin era guapo, pero en comparación, no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

– Así es, tía. Es guapísimo.

– Pues será mejor que no lo traigas por aquí. Ya sabes lo poco que le cuesta a Kim entrar en acción.

Alyssa ya lo había pensado. Pero no creía que Clint fuera tan débil como Kevin. Y eso que Kim era tan hermosa que atraía todas las miradas. Era una lástima que, en su caso, fuera un atributo meramente superficial.

– Te enviaré algunas cosas, Alyssa. Te sentará bien estar alejada de esta loca familia durante un mes.

También Alyssa había pensado lo mismo.

– Tengo que dar una respuesta a Clint mañana por la mañana. Si me quedo, te llamaré.

– Muy bien. No diré nada a nadie. La hija de Eleanor jura haber visto a Kim y Kevin en una discoteca la otra noche. También he oído que Kevin ha sido ascendido, así que ésa debe de ser la razón de que Kim vuelva a estar interesada en él. Ya sabes que está obsesionada con casarse con un hombre rico.

En cierto sentido, Alyssa deseaba que su prima tuviera suerte. A pesar de todo lo que le había hecho sufrir, en el fondo no la odiaba. Sólo sentía lástima por ella y por Kevin. Que estuvieran juntos ya no le afectaba. El amor que sentía por él había muerto el mismo día que habían planeado como la fecha de su boda. Si Kim era su tipo de mujer, mejor para él.

Se preguntó cuál sería el tipo de Clint Podía imaginarse a una mujer hermosa en sus brazos, en su cama, dando a luz a sus hijos. Estaba convencida de que ella no reunía los atributos necesarios. Era de una belleza más bien convencional y nadie la describiría como una mujer espectacular.

Durante la misión, Clint ni siquiera se había fijado en ella. Ni aun cuando durmieron en la misma habitación. En cambio ella recordaba haberse sentido embriagada por su aroma y no podía olvidar las ocasiones en las que habían comido juntos.

Ese recuerdo le hizo pensar en la cena que acababan de compartir. Chester había preparado una comida deliciosa, pero se había mostrado mucho menos dicharachero que a su llegada. Alyssa supuso que Clint le habría advertido que debían evitar que albergara esperanzas infundadas.

Era evidente que Clint no sabía que si ella pecaba de algo era, según su tía Claudine, de un exceso de realismo. A ello se añadía el hecho de que cualquier sueño que pudiera tener de «para siempre», había quedado hecho añicos el día de su boda. Sería muy difícil, por no decir imposible, que alguna vez volviera a creer en cuentos de hadas y finales felices.

Oyó un ruido bajo su ventana y se asomó. El sol descendía en el horizonte. Clint estaba apoyado en un poste, charlando con dos de sus peones.

Aunque a aquella distancia no lo veía en detalle, podía apreciar con claridad sus firmes muslos en unos vaqueros ajustados. Bastaba con verlo para que se le acelerara el pulso y se le cortara la respiración. Y al darse cuenta de ello, se preguntó cómo iba a poder convivir con él treinta días seguidos. No olvidaba que Clint le había dicho que era capaz de dominarse y de respetar los límites que ella estableciera.

Estaba intentando decidir qué límites marcaría cuando él se volvió hacia la ventana como si intuyera que estaba allí. Sus miradas se encontraron y ambos parecieron quedarse paralizados por unos segundos. Finalmente, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, Alyssa dio un paso atrás y dejó caer la cortina para ocultarse a sus ojos. Sabía que debía poner freno a las fantasías y al deseo que se había apoderado de ella, pero, puesto que nunca había experimentado nada igual, tampoco sabía cómo evitarlo.

Suspirando profundamente, fue al cuarto de baño con la esperanza de que una buena noche de sueño la iluminara.

Clint iba hacia su dormitorio con gesto contrariado. Después de acabar con sus tareas habituales, había jugado una partida de cartas con sus hombres para retrasar la vuelta a casa.

No podía dejar de pensar, en lo que había sucedido unas horas antes. Al notar que Alyssa lo miraba desde su ventana, se había vuelto y, a su pesar, sus ojos se habían quedado clavados en los de ella.

Era evidente que Alyssa estaba convirtiéndose en una obsesión y las imágenes que su mente invocaba no le ayudaban a dejar de pensar en ella. De hecho, temía haber cometido un serio error al invitarla a vivir bajo su techo. Quizá había alguna otra manera de anular el matrimonio. Tal vez alguien podría asesorarles.

De pronto se acordó de su primo Jared, que era abogado matrimonialista, y decidió pedirle consejo. Miró la hora. Jared solía acostarse tarde, así que Clint decidió ir a su despacho y llamarle en aquel mismo instante.

Abrió la puerta y se quedó paralizado. Sentada en su silla, delante del ordenador, estaba Alyssa. Como no le había oído, pudo observarla durante unos segundos. La suave luz de una lámpara iluminaba sus delicadas facciones. Llevaba el cabello recogido en un nudo. Estaba concentrada en la pantalla, con la cabeza ladeada en un ángulo que dejaba apreciar la delicadeza de su cuello y de sus hombros. Adoptaba una postura perfecta. Llevaba una camiseta grande que en cualquier otra persona habría resultado vulgar, pero en ella se convertía en una provocadora prenda. Por cómo estaba sentada, la parte de delante se le pegaba al pecho y dejaba intuir sus pezones. No tenía puesto el sujetador y Clint sintió un cosquilleo en los dedos al pensar cuánto le gustaría acariciárselos.

Deslizó la mirada hacia sus labios en el mismo momento en que ella los entreabrió y dejó escapar una risita sofocada. Clint volvió la mirada hacia la pantalla para ver lo que estaba haciendo. Estaba jugando y, por lo que parecía, ganando.

Clint decidió que había llegado el momento de hacerle saber que estaba allí.

—Eso parece entretenido, ¿puedo jugar? —dijo, entrando en el despacho.

Alyssa se volvió sobresaltada y se puso en pie.

—Lo siento. Debería haberte pedido permiso antes de...

—No es necesario, Alyssa —la interrumpió Clint—. Puedes usar el ordenador siempre que quieras. Parecías muy entretenida, ¿qué juego es?

Lentamente, Alyssa se sentó y miró la pantalla. Al verla de pie, Clint había descubierto que la camiseta apenas le cubría los muslos y que era aún más sexy de lo que le había parecido inicialmente. Acentuaba las curvas de su cuerpo de tal manera que la sangre empezó a correrle por las venas como lava ardiente.

—Se trata de un juego que se llama Jugando con fuego. Como casi todos, consiste en matar a tu oponente antes de que él te mate a ti —explicó Alyssa.

Clint se rió.

—Suenan interesantes. Veo que te gustan los juegos de ordenador.

Alyssa se encogió de hombros.

– Me sirven para relajarme. Suelo jugar cuando no puedo dormir.

Clint se apoyó en la puerta.

– ¿Hay alguna razón por la que no puedas dormir? – él ya estaba imaginando su propia versión de Jugando con fuego y sus distintas variantes—. ¿No te resulta cómoda la cama? – en cuanto hizo la pregunta, no pudo evitar pensar en Alyssa sola en su enorme cama.

– No es eso, la cama es perfecta – respondió ella. Y con una risita nerviosa, añadió –: Es que no estoy acostumbrada a dormir fuera de mi casa.

– Comprendo.

Alyssa carraspeó antes de volver a ponerse en pie.

– Bueno, no quiero invadir tu despacho – dijo, haciendo ademán de marcharse.

– No lo has invadido. Sólo venía a hacer una llamada. Sigue jugando – Clint hizo una pausa antes de preguntar –: Por cierto, ¿quién está ganando? Clint vio los labios de Alyssa curvarse en una sonrisa y un destello de orgullo en sus ojos.

Yo, por supuesto – dijo ella.

– ¿Por qué será que no me sorprende? Buenas noches, Alyssa – dijo él, devolviéndole la sonrisa.

– Buenas noches, Clint.

Clint se giró hacia la puerta. Al sentir un golpe de sangre en la ingle, masculló algo entre dientes y dio media vuelta. Antes de que Alyssa tuviera tiempo de reaccionar, la atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho. Al instante la estaba besando con frenesí, introduciendo su lengua profundamente en la boca de ella. Anhelaba volver a paladear su sabor con una ansiedad que lo devoraba. Y cuando Alyssa le devolvió el beso, mientras sus lenguas participaban en un agitado duelo, un perturbador pensamiento cruzó su mente. Jamás antes se había dejado arrastrar por el deseo sexual. Nunca había reaccionado con tanta intensidad, tan obsesivamente, ante ninguna mujer. Cuanto más probaba su boca, más quería probarla. Y el hecho de que Alyssa encajara a la perfección entre sus brazos no hacía más que empeorar las cosas. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Rápidamente decidió que se lo tendría que plantear más tarde. No mientras Alyssa se abrazaba a su cuello y se apretaba contra su cuerpo, dejándole sentir sus pezones erectos a través de su camisa de algodón. Su imaginación se desbocó. Podía verse mordisqueando aquellas puntas oscuras, acariciándolas con la lengua, o tumbando a Alyssa sobre el escritorio y poseyéndola allí mismo. También se vio sentado en su silla, dejando que Alyssa se deslizara sobre él y...

Alyssa rompió el beso bruscamente y dio un paso atrás al tiempo que tomaba aire. Clint la imitó. Jadeaba como si acabara de correr un maratón, pero con cada respiración, el aroma de Alyssa se filtraba por su nariz y le impedía dominar su excitación.

Ella alzó la cabeza para mirarle a los ojos y Clint se dio cuenta de que su cabello caía en cascada sobre sus hombros, dándole un aire aún más sexy que el que tenía con él recogido.

—¿Tengo que tomarme esto como un beso de buenas noches? —preguntó Alyssa con voz ronca.

A Clint le desconcertó que no le echara la culpa ni se indignara con él. Se apoyó en la puerta y le miró a los labios.

—Así es —dijo—. ¿Quieres otro?

—No —replicó ella—. Dudo que lo resistiera —añadió, sacudiendo la cabeza.

Clint esbozó una sonrisa. Alyssa había vuelto a desconcertarlo.

—Seguro que sí. ¿Quieres comprobarlo?

—No, gracias.

Clint se rió quedamente.

—Si es así, te dejo para que sigas jugando —y sin esperar a que Alyssa respondiera, salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Una vez en el pasillo, se detuvo una fracción de segundo. La fuerza de la atracción que sentían el uno por el otro era innegable. Tanto, que Clint no estaba seguro de poder contener las ganas de tocarla si Alyssa se decidía a ir a vivir con él. Tampoco era capaz de predecir cómo le afectarían a ella los besos que se habían dado y si serían determinantes para que tomara una u otra decisión. ¿Podrían superar la tentación durante treinta días? Era mucho tiempo. Alyssa había dicho que no acostumbraba a dormir fuera de su casa y, por tanto, de su cama. Pero si las cosas seguían por ese camino, Clint se sentía en la obligación de decirle que pronto acabaría compartiendo la suya.

Según avanzaba hacia su dormitorio pensando en la explosiva química que había entre ellos, más le irritaba admitirlo. Él era conocido por su dominio de sí mismo. Hasta aquel momento, no había tenido problemas en resolver sus necesidades sexuales cuando se hacían acuciantes. Cualquier mujer que le atrajera y estuviera disponible, le bastaba. Pero intuía que aquella solución ya no iba a bastarle. Su cuerpo deseaba sólo a una mujer, y eso no le gustaba.

Alyssa suspiró aliviada en cuanto Clint cerró la puerta y la dejó sola. Le costaba aceptar que pudiera tener tal efecto en ella. Cada vez que lo veía, cada vez que se besaban, descubría la verdadera pasión. ¿Cuándo se pasaría el hipnótico poder que ejercía sobre ella? ¿Se pasaría alguna vez?

Quizá tenía que cuestionarse seriamente la decisión de permanecer en el rancho. Todavía no le había dicho a Clint que ya la había tomado porque no lo había decidido hasta meterse en la cama. Por eso mismo estaba en vela. En cuanto había decidido quedarse, su cuerpo, invadido por una excitación sexual que Alyssa no

había sentido nunca, se había negado a dormir. Dándose por vencida, se levantó de nuevo.

Que Clint la hubiera encontrado en su despacho vestida tan sólo con una gran camiseta le había resultado humillante. Pero como la casa llevaba ya tiempo en silencio, había asumido que todo el mundo dormía. El dormitorio de Clint estaba en el ala opuesta de la casa, así que pensó que no encontraría a nadie y que podría estar un rato en el despacho sin que Clint tuviera por qué enterarse.

Pero las cosas habían salido de una manera muy distinta y Alyssa añadió una promesa a las muchas que ya se había hecho: no volvería a jugar en el ordenador durante la noche.

Respiró profundamente. Por la mañana, le diría a Clint que había decidido quedarse. También le diría que para ello, tendrían que darse ciertas condiciones. Clint le había dicho unas horas antes que era capaz de dominar sus instintos.

Si el beso que acababa de darle era una demostración de su capacidad de controlarse, Alyssa no quería ni imaginar cómo sería un beso en el que diera rienda suelta a sus deseos.

## Capítulo Seis

Alyssa notó que se le aceleraba el corazón al encontrarse con Clint en la cocina a la mañana siguiente. Aunque parecía que acababa de empezar a desayunar, Alyssa estaba segura de que estaba esperando conocer qué decisión había tomado.

Miró a su alrededor tratando de ignorar lo extraordinariamente guapo que era y el recuerdo de la noche anterior. Una vez más, su beso le había transmitido una pasión que hasta entonces sólo había creído posible en las novelas románticas que leía la tía Claudine. Por la noche, había soñado con él, con sus besos y con lo que podría suceder si se dejaban llevar. Al despertar, se había jurado que aquellos sueños nunca llegarían a convertirse en realidad. Para ello, tendría que establecer unas rígidas normas durante su convivencia.

– ¿Dónde está Chester? – preguntó.

Clint se apoyó en el respaldo de la silla.

– libra los miércoles. Dedicar el día a actuar de payaso en el hospital de niños.

– ¿De payaso?

– Desde hace veinte años va un día a la semana a hacer reír a los niños. Así se conocieron él y el tío Sid. Chester solía trabajar en los rodeos.

Inicialmente, a Alyssa le costó imaginar a Chester de payaso, pero al recordar su amable y cálida actitud pensó que encajaba en el papel.

– Deben de gustarle mucho los niños – comentó, fascinada.

– Así es. Es una pena que él y Ada no tuvieran hijos.

– ¿Ada era su mujer?

– Sí. Estuvieron casados más de treinta años. Murió de neumonía hace seis años.

– ¡Qué lástima!

– Así es. Chester estuvo muy deprimido. Tenían un matrimonio muy sólido.

«Un matrimonio muy sólido». Alyssa se preguntó si con ese adjetivo Clint quería decir que estaban muy enamorados.

– ¿Lleva mucho tiempo trabajando en el rancho?

– Desde antes de que yo naciera.

Por el tono de Clint, Alyssa dedujo que su afecto por Chester era tan profundo como el que sentía por los demás miembros de su familia. Durante el recorrido de la casa, Clint la había presentado a varios trabajadores veteranos, expertos en doma, y a otros tantos más jóvenes, especializados en el lazo. Pero todos ellos eran importantes para el buen funcionamiento del rancho. Todos ellos la habían saludado con cortesía y respeto.

– Será mejor que comas antes de que se enfríe – dijo Clint.

Alyssa creyó entender que ya se había cansado de sus preguntas, así que fue hasta el fogón para servirse un plato de comida y un café, consciente de que Clint seguía cada uno de sus movimientos.

– Me alegra que seas capaz de servirte – dijo él.

Alyssa se volvió desconcertada.

– ¿Qué quieres decir?

– Hay muchas mujeres que esperan ser atendidas.

Alyssa se giró hacia el fogón para servirse unos huevos, diciéndose que su prima Kim encajaba perfectamente en esa descripción. El tío Jessie seguía llamándola «mi princesa» y ella actuaba como si lo fuera.

– Yo no soy así – dijo al sentarse a la mesa –. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

En cuanto se sentó, Clint se cruzó de brazos y preguntó:

– ¿Qué has decidido?

Alyssa se quedó mirando el café antes de contestar.

– ¿Tengo que contestarte ahora mismo?

– ¿Hay algún motivo por el que quieras esperar? – preguntó él con un leve tono de irritación.

Alyssa dejó el café sobre la mesa. Clint tenía razón: no había motivo para retrasar lo inevitable.

– No, la verdad es que no – hizo una pausa antes de continuar –. Antes de comprometerme, quiero que lleguemos a un acuerdo.

Clint enarcó una ceja.

– ¿Qué tipo de acuerdo?

– Quiero que prometas que no vas a intentar llevarme a tu cama.

– ¿A mi cama? – Clint sonrió con picardía.

– Ni a ninguna cama – aclaró Alyssa –. Para ser más específica: quiero que prometas no intentar seducirme para que me acueste contigo.

Clint se rió quedamente.

– Define la palabra «seducir».

Alyssa era consciente de que estaba tomándole el pelo, pero estaba decidida a conseguir que la entendiera.

– Clint, eres un hombre y como tal, sabes lo que implica la seducción.

Clint sonrió.

– ¿Y crees que haría algo así?

Alyssa no titubeó.

—Sí. Estoy convencida. En menos de veinticuatro horas nos hemos besado dos veces, así que estoy segura de que intentarás seducirme.

Clint la miró fijamente con expresión pensativa.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Lo intentaría sin dudarlo —y a continuación preguntó—: ¿Y dices que nos hemos besado dos veces?

«Como si no lo supiera».

—Sí —contestó Alyssa, irritada.

—¿Quieres que probemos una tercera? —dijo él con una voz ronca y sensual que hizo que Alyssa se estremeciera.

Miró a Clint con severidad.

—Estoy hablando en serio, Clint.

—Yo también.

Alyssa continuó mirándolo fijamente. Sí, sus penetrantes ojos negros decían que hablaba en serio, y la mera idea de que quisiera volver a besarla y entrelazar su lengua con la de ella, la dejó sin aliento. ¿Era así como Clint quería darle a entender que había disfrutado de sus besos? También ella podía admitir que le habían gustado, que sentir su lengua en su boca, moviéndose en círculos, buscando...

—¿Tienes alguna otra condición? —preguntó Clint.

Alyssa endureció la mirada.

—También quedan prohibidos los besos —dijo.

—Eso no va a ser posible —dijo él, esbozando una sonrisa.

Alyssa intentó mantener la calma a pesar de que la rapidez con la que Clint había replicado le indicó que estaba convencido de lo que decía.

—¿Por qué es imposible?

—Porque nos gusta demasiado. Lo que tenemos que hacer es no pasar de ahí. Personalmente, no creo que haya nada malo en besarse. Sólo es una forma de saludo —dijo Clint.

Alyssa lo miró con escepticismo. Clint sabía tan bien como ella que eso no era cierto. Sobré todo porque los besos que se habían dado invocaban fantasías que era mejor ignorar.

—Tal y como te he dicho otras veces —continuó Clint—, lo importante es mantener el control. Por más que te desee y que me guste besarte, prometo no dejar que nuestra atracción vaya más allá. Tengo demasiado trabajo como para que haya una mujer en mi vida —concluyó.

Alyssa admiraba la seguridad que tenía en sí mismo. .. si lo que decía era cierto. Parecía ten convencido de poder controlarse, que casi le resultaba tentador poner a prueba su voluntad de hierro.

—Aun así tengo que admitir que, como mujer, reúnes una condición de la que otras carecen —añadió Clint.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con prevención.

—Ser mi esposa, aunque sólo sea sobre el papel. Puede que sea algo masculino, pero saber que estás ligada a mí, despierta deseos y anhelos que normalmente no siento.

Alyssa frunció el ceño. En resumen: tener una mujer bajo su techo le resultaba excitante.

—Si es así, tengo que añadir otra condición a mi estancia: que mantengas bajo control esos impulsos. Puede que yo no tenga el dominio de mí misma del que tú presumes, pero no tengo el menor interés en que haya un hombre en mi vida. Y si lo hubiera, se trataría de una relación seria. No soy particularmente aficionada a las relaciones cuyo único fin es liberar tensión sexual —concluyó.

Clint guardó silencio unos segundos durante los que Alyssa creyó percibir un brillo retador en su mirada.

—No intentaré acostarme contigo —dijo él finalmente—, pero no prometo nada respecto a los besos. No sé por qué tenemos que negarnos ese capricho.

—¿Aunque no conduzca a nada?

Clint inclinó la cabeza y la miró fijamente.

—Te deseo. Besarte me ayuda a saciar ese deseo, y estoy seguro de que a ti te sucede lo mismo. Dentro de treinta días, tú estarás tan encantada de marcharte como yo de que te vayas.

Alyssa estudió su rostro unos segundos y se dio cuenta de que pensaba sinceramente lo que decía.

—¿Quieres decir que besándonos conseguiremos saturarnos el uno del otro? —preguntó para asegurarse de que había entendido bien y comprendía la lógica de la argumentación.

—Sí —dijo él.

—Está claro que te consideras indomable.

—¿Indomable?

—Así es. Piensas que no existe una mujer capaz de domar tu corazón.

—Porque no la hay.

Clint dijo aquellas palabras con tanta rabia contenida que no pudo evitar preguntarle:

—¿Has estado enamorado alguna vez, Clint?

Por como la miró, vio que la pregunta le sorprendía. También vio cómo se tensaban sus hombros y cómo sus manos asían la taza con fuerza y fue consciente de haber pisado arenas movedizas. Durante unos segundos pensó que no contestaría.

– No – dijo él finalmente.

Alyssa no le creyó, no porque pensara que le mentía, sino porque intuía que, por algún motivo, Clint había borrado de su memoria el amor que alguna vez había sentido por alguien. También ella había hecho lo mismo al descubrir lo que Kevin había hecho. Su infidelidad había aniquilado el amor que había sentido por él. Y eso despertó su curiosidad hacia la mujer que había hecho daño a Clint en el pasado.

– ¿Estás satisfecha con el acuerdo?

Alyssa respiró profundamente. Aunque el asunto de los besos no le convencía, estaba segura de que Clint no trataría de forzarla, así que dependía de ella resistirse. Estaba segura de que él encontraría otro entretenimiento.

– Sí, estoy satisfecha.

– Entonces, ¿accedes a vivir conmigo los próximos treinta días?

Alyssa tuvo que borrar de su mente las imágenes que la asaltaron. La casa era enorme. El dormitorio de Clint estaba en el ala opuesta al suyo. Podían pasar días sin verse.

– Así es – dijo.

Clint asintió.

– Voy a llamar a Hightower para decírselo. Por cierto, supongo que necesitarás más ropa.

– Hablé ayer con mi tía y quedamos en que, si decidía quedarme, me mandaría lo que necesitara.

– ¿Tu tía es tu única familia?

Alyssa hubiera querido decir que sí, pero no le gustaba mentir.

– No, tengo un tío y varios primos – dijo –. Mi madre me mandó a vivir con mi abuelo y mi tía Claudine cuando tenía trece años. Con el tiempo, mi tía se ha convertido en mi madre adoptiva – añadió.

– ¿Y tu abuelo?

Alyssa sintió una presión en el pecho, pero reprimió el impulso de corregir a Clint.

– Mi abuelo murió hace cuatro años – dijo con un hilo de voz.

– Más o menos cuando yo perdí a mi madre – dijo él con la mirada fija en el café.

Alyssa reconoció la tristeza en su voz. Clint alzó la mirada y en ese momento se produjo una corriente de sintonía entre ellos, la empatía de dos personas ante el dolor de perder a un ser querido.

– ¿Estabais muy unidos? – preguntó Alyssa.

–Sí. Lo era todo para nosotros tres. Ella, el tío Sid y Chester eran nuestra familia. ¿Y tu madre? Has dicho que te mandó a vivir con tu abuelo. ¿Todavía estáis en contacto?

Alyssa hubiera preferido cualquier pregunta a aquélla. No lograba superar el dolor de que su madre, tras alejarse de ella, no se hubiera molestado en volver a verla.

–No. Ni la he visto ni ha llamado desde entonces –dijo. Se puso en pie para dar por concluida la conversación respecto a su familia—. Debo hacer unas llamadas. Además de hablar con mi tía, he de asegurarme de que tengo todo lo que necesito para trabajar. Por cierto, necesitaré usar tu ordenador con frecuencia.

–No me importa.

Alyssa asintió con la cabeza.

–Supongo que tú también tienes muchas cosas que hacer –comentó al tiempo que dejaba su plato y su taza en el fregadero—. Ya que Chester tiene el día libre, me ocuparé de fregar cuando haga las llamadas.

Y sin decir más, salió de la cocina.

Clint siguió sentado a la mesa. En cuanto recibió la carta notificándole que estaba casado con Alyssa asumió que anular el matrimonio sería cuestión de días. Pero se había equivocado. No había previsto que la agencia se mostrara tan rígida en cuanto al proceso de anulación, ni mucho menos había calculado sentir una atracción tan fuerte por la mujer que era legalmente su esposa.

Desde ese instante, tendría que concentrar toda su energía en no acabar en la cama con ella.

Por eso, superar los siguientes treinta días se había convertido en un reto, y algo se rebelaba en su interior. ¿Por qué no podía acostarse con ella? Después de todo, eran dos adultos con un sano apetito sexual y sin ningún interés por establecer una relación estable. ¿Entonces...? No era tan sencillo.

Alyssa había dicho que no se entregaba a relaciones casuales, y eso indicaba ya muchas cosas sobre su personalidad. Durante la conversación, había registrado todos los datos que le había proporcionado, sobretodo los relativos a su familia.

El antiguo ranger de Texas que había en él, seguía siendo capaz de detectar si alguien le ocultaba o se reservaba alguna información. Y aunque había evitado insistir, tenía claro que Alyssa había omitido mencionar algunos detalles. Por ejemplo, no había explicado por qué su madre la había dejado a los trece años y no había vuelto a verla. Y al hablar de sus primos, lo había hecho sin un ápice de afecto. Todo lo contrario de lo que había ocurrido al referirse a su abuelo o a su tía.

También cabía la posibilidad de que estuviera imaginando cosas y que simplemente, Alyssa fuera una mujer a la que le gustaba preservar su intimidad. Fuera o no su «esposa» no tenía por qué abrirle su corazón.

Clint se pasó las manos por la cara. Ni siquiera comprendía por qué se lo cuestionaba ni qué tenía Alyssa para que despertara en él aquel intenso deseo de ir descubriendo capas hasta llegar al centro de su ser.

Iba a ponerse en pie cuando sonó su móvil.

– ¿Hola? – contestó.

– ¿Qué es eso de que tienes una esposa?

Clint sonrió. Podía imaginar el rostro de su hermana, con las cejas enarcadas y la expresión que se le ponía cuando se consideraba con todo el derecho a saber la verdad sobre él.

– Veo que Chester se ha ido de la lengua – masculló Clint mientras se decía que tendría que hablar con él, aunque supiera que no serviría de nada.

– ¡Cómo no me lo iba a contar! – dijo Casey Westmoreland Quinn –. Háblame de ella.

Clint suspiró. Puesto que no preguntaba por la razón de su nuevo estado civil, asumió que Chester ya se lo había explicado.

– ¿Qué quieres saber?

– Todo. ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¿Cuántos años tiene? ¿La conozco?

Clint frunció el ceño. Alyssa y su hermana compartían la capacidad de encadenar una pregunta con la siguiente.

– Se llama Alyssa Barkley. Es de Waco y tiene veintisiete años. Y no, no la conoces. Entró en los rangers al acabar la universidad y lo dejó al poco tiempo de acabar nuestra misión.

– Se ve que no le causaste una impresión muy favorable.

– No lo intenté. Por aquel entonces estaba demasiado pendiente de Chantelle.

– Por favor, ni la menciones – dijo Casey con fingido espanto.

Clint se rió quedamente. Casey y Chantelle nunca se habían llevado bien. Su hermana había intentado ponerle sobre aviso, pero él no quiso escucharla. Por aquel entonces no pensaba con la cabeza, sino con otra parte del cuerpo. Chantelle despertaba la admiración de los hombres allá donde fuera. También Alyssa.

Sin embargo, habían bastado un par de charlas con Alyssa para saber que eso era todo lo que tenían en común. Alyssa no estaba obsesionada consigo misma ni pensaba que el mundo giraba a su alrededor. Chantelle, por el contrario, era caprichosa y egocéntrica, y él, que por aquel entonces estaba cargado de testosterona, cayó en sus redes sin pensar en las consecuencias.

– ¿Y qué vais a hacer para conseguir la anulación?

La pregunta de Casey lo devolvió al presente.

– Hacer lo que nos han exigido y vivir treinta días juntos – contestó.

– Es una condición muy severa. ¿Por qué no consultas con un abogado? – dijo Casey.

– Ya lo hemos pensado, pero creemos que sólo retrasaría las cosas – dijo Clint. La conversación con Jared la noche anterior sólo había servido para confirmarlo—. Alyssa puede seguir trabajando desde casa. Diseña páginas Web.

– Podrías pedirle que hiciera la página de la fundación del tío Sid – sugirió Casey.

– Ya se lo he pedido.

– Estará en el rancho cuando McKinnon y yo vayamos la semana que viene – dijo Casey como si reflexionara en voz alta –. Estoy deseando conocerla.

Algo en el tono de su hermana encendió las alarmas en Clint. Conocía a su hermana. Desde lo que había pasado con Chantelle, actuaba como si tuviera que cuidar de él.

– Recuerda que soy el mayor, Casey – le recordó.

– Sólo quince minutos y porque Cole me sujetaba.

Clint se rió. Se trataba de una broma familiar con la que Chester había convencido a Casey de que en realidad ella debía haber sido la primogénita.

– Como quieras, Case, pero ahora estoy muy ocupado. Tengo que recibir una nueva remesa de caballos.

– Está bien. Te llamaremos luego para decirte la fecha de nuestra llegada.

Momentos después colgaban el teléfono. Clint, recordando que su hermana era muy intuitiva, se preguntó qué opinión le merecería Alyssa.

## *Capítulo Siete*

Alyssa miró a su alrededor en el despacho de Clint. En uno de los cuadros reconoció el retrato de Sid Roberts. En otro, con una mujer y tres niños de unos cinco años como modelos, identificó a la madre de Clint junto a él y sus hermanos. Además, había una fotografía enmarcada de la madre en la que se la veía como una mujer hermosa, con rasgos muy similares a los de Clint. Pero todo parecido con ella se hizo insignificante cuando descubrió una fotografía de su padre y vio que era de él de quien había heredado la firmeza de los rasgos y el gesto altivo. Tanto Clint como Cole tenían su frente, su mentón y sus oscuros ojos. También sus labios sensuales. Casey, por el contrario, y aunque también era muy parecida a él, tenía más en común con su madre.

Al sonar su móvil se tensó. Había cambiado de número hacía poco con la esperanza de que Kim no llegara a conseguirlo. Lo abrió y, sonriendo aliviada, vio que se trataba de su tía.

– ¿Tía Claudine?

– Sólo quería que supieras que ya te he mandado las cajas. Deberían llegarte en un par de días.

– Gracias por tomarte la molestia.

– De nada. Kim ha pasado por aquí esta mañana y ha intentado sonsacarme dónde estabas. No le he dicho ni una palabra. Bueno, sí, que estabas con un cliente.

– Gracias, te lo agradezco.

– Jessie también ha llamado preguntando por ti. Supongo que de parte de Kim.

Alyssa estuvo de acuerdo. Su tío no acostumbraba a llamarla.

– ¿Y cómo te van las cosas con tu vaquero?

Alyssa se rió.

– No es mi vaquero, pero van bien – o al menos, eso esperaba.

No se habían visto desde el desayuno. Sabía que Clint había vuelto a almorzar porque le había visto llegar a caballo hasta el establo. Al asomarse a la ventana y verle caminar con los vaqueros ceñidos, se había quedado sin respiración.

– Me alegro. Bueno, te tengo que dejar. Eleanor va a venir a buscarme para ir a la iglesia.

– Muy bien, tía Claudine, y gracias otra vez.

Al colgar, Alyssa se dijo que era muy afortunada al contar con alguien como su tía.

– ¿Qué tal va todo?

Alyssa giró la cabeza y vio a Clint en el umbral de la puerta.

– Bien. Mi tía me ha enviado unas cajas. Espero que lleguen en un par de días – respondió.

Le costó articular palabra porque Clint la estaba observando con una mirada que la envolvió en una asfixiante ola de calor y la dejó sin aliento. Clint siguió apoyado en el quicio de la puerta. Con el paso de los segundos, el nerviosismo se apoderó de ella. Lo quisiera o no, cada vez que veía a Clint prendía en ella la llama del deseo.

– Entretanto – dijo él, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos –, he supuesto que necesitarías algo de ropa, así que he dejado algunas prendas sobre tu cama.

Alyssa enarcó una ceja.

– ¿Ropa? ¿De mujer? – no pudo evitar que sus palabras se tiñeran de suspicacia.

– Sí. Ropa de mujer. Casey y tú sois más o menos de la misma talla, así que me he tomado la libertad de elegirte algunas cosas prestadas. Como al irse a Montana no sabía cuánto tiempo se quedaría, dejó atrás parte de su vestuario – explicó Clint.

Alyssa suspiró aliviada al saber que se trataba de la ropa de su hermana y no de otra mujer. No dudaba de que Clint habría salido con un montón de mujeres y que más de una se habría alojado en el rancho. De hecho, no era algo que le incumbiera ni que debiera afectarle. Como no debía importarle lo que Clint hiciera cuando pasaran los treinta días durante los que debían convivir. Sin embargo, no conseguía evitar que sí le inquietara.

Por otro lado, la noción de que hubiera estado en su dormitorio, por más que la casa le perteneciera y pudiera ir donde quisiera, la turbaba.

– Gracias por el detalle – consiguió decir al tiempo que se ponía en pie.

– De nada.

Al ver que Clint parecía dispuesto a quedarse donde estaba, Alyssa arqueó una ceja.

– ¿Querías algo más?

– Sí.

Alyssa sintió un nudo en la garganta.

– ¿El qué? – preguntó, a pesar de que hubiera preferido no hacerlo.

– Chester quiere saber si vas a cenar con nosotros.

Alyssa respiró profundamente con una mezcla de alivio y de desilusión. No era eso lo que esperaba oír.

– ¿Alyssa?

– ¿Sí?

– ¿Cenas con nosotros o no?

— ¿Tú qué prefieres que haga, Clint?

Sin apartar los ojos de ella, Clint se rascó la barbilla.

— Tenemos carne picada y, para serte sincero, preferiría mirarte a ti que al plato — dijo, sonriendo maliciosamente—. Chester tiende a quemarla porque dice que así sabe mejor.

Alyssa sonrió a su vez.

— ¿Yes verdad?

— No — tras una pausa, Clint añadió —: pero la verdad es que últimamente sólo me interesa tu sabor.

Aquellas palabras quemaron a Alyssa como una llamarada. Hipnotizada, vio a Clint avanzar hacia ella y, como si sus pies tuvieran voluntad propia, se movieron hacia él.

— Esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad? — dijo él, rodeándole la cintura con sus brazos.

— Sí. Una completa locura — se oyó decir Alyssa.

— Luego me daré de cabezazos contra la pared — dijo Clint a la vez que mordisqueaba el labio inferior de Alyssa—. Pero ahora mismo, estoy ansioso por probar tus labios.

Y como si quisiera demostrar a lo que se refería, la besó y entreabrió sus labios con su lengua. En cuestión de segundos, a la vez que exploraban con sus lenguas cada rincón erógeno de la boca del otro, Alyssa sintió que se le nublabla la vista y supo por primera vez en su vida lo que era besarse hasta perder el sentido.

El beso se prolongó y el deseo que había prendido en su interior se fue intensificando hasta que le temblaron las piernas. No llegaba a entender cómo podía sentirse tan atraída por Clint a las pocas horas de verlo cuando habían transcurrido cinco años desde la última vez que habían coincidido.

Clint concluyó el beso, pero no sin antes mordisquear el labio inferior de Alyssa como si fuera un dulce que se resistía a abandonar.

— Querías que te besara, ¿verdad?

Alyssa vaciló antes de responder, pero finalmente decidió ser lo más sincera posible.

— Sí, claro que lo quería. Pero...

Clint se inclinó rápidamente y volvió a besarla. Alyssa abrió los labios al instante y se entregó sin protestar.

En aquella ocasión, cuando Clint separó su boca de la de ella, posó un dedo sobre sus labios para indicarle que no dijera nada.

— Sin «peros», Alyssa. Sé cuáles son los límites a los que me he comprometido. Sólo tú puedes cambiarlos — dijo con la mirada teñida de deseo. Alyssa podía sentir

su erección contra su vientre—. Y si decides hacerlo —añadió Clint con voz ronca—, ya sabes dónde está mi dormitorio. Serás bienvenida siempre que quieras.

—¿Estás seguro de que Alyssa viene a cenar?

Clint lanzó una ojeada hacia el fogón.

—Eso me ha dicho, pero puede que haya cambiado de idea.

Chester estaba apoyado en la encimera y sostenía una espátula en la mano. Miró a Clint con ojos entornados.

—¿Qué le has hecho?

Clint puso los ojos en blanco.

—Nada, sólo le he dicho que...

—Siento haberme retrasado —dijo Alyssa, entrando en la cocina como una exhalación.

Los dos hombres se volvieron hacia ella. Clint vio de soslayo que Chester le lanzaba una mirada acusadora respecto a los labios enrojecidos de Alyssa, pero decidió ignorarlo.

—No importa. Mereces ser esperada —dijo.

Y no mentía. Alyssa se había puesto uno de los vestidos de Casey, pero Clint no recordaba que en su hermana le hubiera resultado tan espectacular.

—Gracias —contestó Alyssa.

Fue a ocupar su sitio en la mesa y Clint se preguntó si sabría que aquel puesto solía ser el asignado a la señora de la casa. En cuanto se sentó, Alyssa preguntó a Chester sobre su día en el hospital. Mientras les servía, Chester le contó que uno de los niños se había asustado al verlo y que sólo había conseguido calmarlo haciendo juegos de magia.

—¿Necesitáis algo antes de que me vaya?

—¿Dónde vas? —preguntó Alyssa, inquieta ante la perspectiva de quedarse a solas con Clint.

—Al pabellón, a dar de comer a los peones —dijo Chester sonriendo.

—Ah —dijo Alyssa—. Yo no necesito nada, gracias.

—Yo, tampoco —dijo Clint, encantado de que Chester los dejara solos.

Había creído percibir un cierto nerviosismo en Alyssa al pensar en quedarse a solas con él. Y tenía motivos. Lo supiera o no, lo cierto era que le estaba volviendo loco. El vestido que había elegido contribuía a ello, pero lo peor era su perfume, que lo envolvía como una droga adictiva que amenazaba con acabar con su control. Los tirantes del vestido dejaban sus hombros al descubierto y Clint anhelaba tocar y besar su piel.

– Clint, Chester te ha dicho algo – oyó decir a Alyssa.

Clint pestañeó y lanzó una mirada admonitoria a Chester. El viejo sonreía con arrogancia, como si adivinara por dónde iban sus pensamientos.

– ¿Qué? – preguntó con más brusquedad de la que hubiera querido.

Chester sonrió.

– Sólo quería recordarte que mañana por la mañana también voy al hospital.

– Ya me acordaba – replicó Clint secamente.

– Por cierto, Alyssa se ha ofrecido a hacer el desayuno para los peones – añadió Chester, ignorando el tono malhumorado de Clint.

Clint se volvió hacia Alyssa.

– ¿Es eso verdad?

– Claro. Es lo menos que puedo hacer – dijo Alyssa.

Clint frunció el ceño.

– Es mucho trabajo. Nadie te ha pedido que hagas nada.

– Ya, pero todo el mundo tiene ocupaciones, y haciendo el desayuno me sentiré útil.

– ¿Y el trabajo que estabas haciendo para un cliente? – Clint no estaba seguro de querer que Alyssa se dedicara a tareas domésticas. Ada era la única mujer que había entrado en la cocina del rancho.

– Estoy a punto de acabarlo – dijo Alyssa con una sonrisa de satisfacción.

Clint se reclinó en el respaldo de la silla.

– En cuanto estés lista para otro cliente, avísame. Dije en serio lo de la página Web para la fundación.

Alyssa enarcó una ceja.

– ¿Y quieres que la haga yo?

– Sólo si puedes. La próxima vez que vayas a mi despacho mira en el cajón de la derecha del escritorio. Contiene una carpeta con información. Si decides hacer la página, podemos hablar de ello cuando vuelva.

– ¿Cuando vuelvas? ¿Te marchas?

– Voy a pasar un par de noches en la cordillera norte. Los caballos llegan hoy, y debo seleccionar aquéllos que decida no domar y dejar en libertad – dijo Clint.

– Ah – dijo Alyssa sin poder ocultar su desilusión. – Bueno, chicos, os dejo – dijo Chester. Clint estaba tan concentrado en Alyssa que había olvidado que Chester seguía allí.

—¿Has trabajado mucho? —preguntó Clint al tiempo que se servía un plato de comida.

Alyssa lo observó, admirada una vez más de las grandes cantidades que era capaz de comer.

—Sí. Sólo me faltan los últimos detalles de la página que estoy diseñando. Es para un sindicato de profesores de Alabama.

—¿Cómo consigues clientes?

—La mayoría por el boca a boca. Además, estoy incluida en todas las páginas de búsqueda —dijo Alyssa.

—Se ve que haces bien tu trabajo.

Alyssa le miró a los ojos, intentando descubrir si las palabras de Clint tenían un doble sentido.

—Yo diría que sí. Mis clientes quedan satisfechos. Si quieres referencias puedo...

—No las necesito.

Se hizo un silencio entre los dos durante el que Alyssa observó una vez más el apetito con el que Clint comía.

—¿Pasa algo?

Alyssa pestañeó.

—¿Por qué?

—Porque no dejas de mirarme. Y tengo la sensación de que es algo que sueles hacer cuando estamos comiendo.

Alyssa se removió en su asiento. No podía explicarle que encontraba su manera de comer fascinante. Parecía disfrutar de cada bocado. Masticaba como si de cada uno de ellos quisiera extraer todo el sabor, como si quisiera decir que también hacía así el amor. Si llegara el momento, Alyssa estaba segura de que Clint la amaría como comía: probando cada milímetro de su cuerpo. Y sólo de pensarlo hizo que se le pusiera carne de gallina.

—No hay ningún motivo en particular —dijo tras una pausa para concentrarse—. Es sólo que me admira cuánto comes.

Clint arqueó una ceja.

—Ya mí, lo poco que comes tú. Me recuerdas a Casey, que come como un pajarito.

Alyssa percibió el afecto con el que se refería a su hermana.

—Gracias por haberme dejado su ropa. Espero que no le importe.

—Claro que no le importará —y cambiando de tema, Clint preguntó—: ¿Vas a usar el ordenador?

—No —dijo Alyssa—. Por hoy he terminado, aunque había pensado revisar la carpeta de la que hablaste. ¿Por qué?

—Porque necesito meter los datos de los caballos que han llegado —Clint miró el reloj y empujó el plato hacia un lado—. Los miércoles por la noche juego a las cartas con los muchachos, así que cuando acabe en el ordenador, me marcharé —sonrió antes de añadir—: Sólo te lo digo por si quieres jugar. Prometo no interrumpirte.

—Estás en tu casa, Clint. Puedes ir donde quieras.

Clint ladeó la cabeza.

—¿Incluso a tu dormitorio?

El brillo de sus ojos indicó a Alyssa que sólo bromeaba. O al menos, confiaba en que así fuera.

—No. Según nuestro acuerdo, los dormitorios son territorio prohibido.

—Eso no me importa. El dormitorio es el lugar donde menos me gusta hacer el amor —dijo Clint con picardía.

Alyssa se sintió como si hubiera tomado una droga. Un torbellino de sensaciones la recorrió, alcanzando cada milímetro de su cuerpo, pero especialmente la intersección de sus muslos.

—¿Cuál es tu sitio favorito? —preguntó a su pesar.

Miró a Clint como hipnotizada mientras él dejaba el vaso sobre la mesa antes de mirarla fijamente a los ojos. Alyssa intentó resistirse, pero se sentía atraída hacia él como si la hubiera atrapado en su tela de araña. Clint sonrió y, con ello, añadió combustible al fuego que la consumía.

—Antes de que pasen los treinta días de plazo —dijo él con voz ronca y sensual—, pretendo demostrártelo.

Una hora más tarde, Alyssa vio a Clint desde la ventana de su cuarto de baño alejarse hacia el cobertizo.

Aprovechando que la casa se quedaba vacía y que necesitaba pensar, decidió ir a su despacho.

Clint empezaba a convertirse en una obsesión, y lo estaba consiguiendo actuando con una arrogancia y una seguridad en sí mismo que le resultaba pasmosa. Ni fanfarroneaba ni la acosaba. Ni siquiera intentaba manipularla. Se limitaba a ser tan atractivo y seductor como era por naturaleza.

«Antes de que pasen los treinta días de plazo, pretendo demostrártelo».

Aquellas palabras no dejaban de resonar en sus oídos, y hacían vibrar todo su cuerpo, concentrándose en una pulsante sensación entre sus muslos.

Básicamente, Clint le había dicho que le haría el amor antes de que se marchara del rancho. Se trataba de una afirmación pretenciosa, arrogante y..., si nada lo impedía, certera.

Inhaló bruscamente. No comprendía cómo ella, la mujer que rechazaba airadamente los avances sexuales de los hombres, no sólo estaba considerando esa situación como posible, sino que incluso ansiaba que se produjera.

Sacudió la cabeza para aclararse las ideas y centrarse en los hechos. Clint Westmoreland era el hombre más atractivo que conocía y era lógico que su lado femenino se preguntara qué aspecto tendría sin ropa. Sin embargo, era la primera vez que sentía ese tipo de curiosidad.

Pero había algo en Clint que iba más allá de lo puramente físico y que tenía que ver con la seguridad en sí mismo que transmitía.

Fuera por el motivo que fuera, lo cierto era que ningún hombre había despertado la lujuria que Clint despertaba en ella.

Se separó de la ventana con la mente nublada por los pensamientos que la invadían y el cuerpo sacudido por el deseo. El par de veces que había hecho el amor con Kevin no habían transformado su vida. Ni había temblado la tierra ni había sentido ningún estallido interior. En realidad, había contado los minutos para que acabara. ¿Cabía la posibilidad de que con Clint le sucediera lo contrario? ¿Querría que durara para siempre?

Con la respiración entrecortada, cruzó la habitación y se metió en la cama, aunque sospechaba que el estado de excitada hipersensibilidad que le recorría el cuerpo le impediría conciliar el sueño.

Para cuando cerró los ojos, tuvo que admitir que soñar con todas las cosas que Clint podría hacerle no sería suficiente. Iba a querer que los sueños se convirtieran en realidad.

## Capítulo Ocho

A la mañana siguiente, Alyssa entró en la cocina para preparar el desayuno y le contrarió comprobar que Clint se le había adelantado.

– Chester me ha dicho que no suele empezar a cocinar hasta las cinco. Te has levantado temprano – dijo, lanzando una mirada de soslayo a Clint al pasar junto a él camino del fregadero para lavarse las manos.

Él esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

– He pensado que me tomaría un café mientras te veía trabajar – dijo.

Alyssa alzó la barbilla en un gesto airado.

– ¿No me crees capaz de hacerlo? – preguntó en tono acusador.

– Te equivocas. Estoy seguro de que puedes. Chester no te dejaría entrar en la cocina si no te creyera capaz de cocinar. Sólo quería verte y ofrecerte mi ayuda.

– Gracias.

– De nada.

A los pocos minutos, Alyssa se preguntó si no se habría precipitado al dar las gracias a Clint.

Sentía su mirada siguiendo cada uno de sus pasos y estaba convencida de que la intensidad con la que la observaba no tenía nada que ver con sus habilidades culinarias, sino más bien con los ajustados vaqueros que llevaba puestos. Tal y como Clint le había dicho, Casey y ella debían de tener la misma talla, pues su ropa le quedaba perfecta.

Dio media vuelta para decir a Clint que el desayuno estaba listo y al encontrarse con sus ojos mirándola fijamente con un destello fiero, sintió un intenso calor. Tragó saliva.

– Ya he acabado.

A continuación, siguiendo las instrucciones de Clint, llamó al capataz al cobertizo para que supiera que podían pasar a recoger el desayuno. Había preparado comida como para alimentar a un regimiento y se alegraba de las numerosas ocasiones en que había ayudado a su tía Claudine y a las ancianas de la iglesia a preparar cenas para los indigentes.

Al colgar el teléfono notó que Clint estaba a unos centímetros de ella y se le aceleró el pulso. Era el epítome de la masculinidad y de la belleza varonil, y a aquella hora tan temprana del día, Alyssa no sabía cómo defenderse de lo que le hacía sentir.

– Has hecho un magnífico trabajo – dijo Clint. Y el sonido de su voz incrementó la turbación de Alyssa.

—Guárdate los cumplidos hasta que pruebes lo que he hecho —dijo animadamente, intentando ignorar la cosquilleante sensación que la invadía.

Clint sonrió.

—No hace falta. Basta con ver la habilidad con la que te mueves por la cocina.

Alyssa se rió.

—Se lo tengo que agradecer a la tía Claudine. Solía ayudarla una vez a la semana a alimentar a los indigentes. Nunca pensé que algún día me resultaría de utilidad —dijo con entusiasmo—. Siempre me gustó hacerlo. Aquí es fácil cocinar. Chester lo tiene todo muy bien organizado. Es un sueño de cocina.

—Y tú, Alyssa Barkley, eres el sueño de cualquier hombre —dijo él con voz ronca.

Se inclinó hacia delante y Alyssa supo que iba a besarla. En aquel instante oyó pasos en el porche y retrocedió.

—Los chicos vienen a por la comida —dijo en un susurro.

—Eso parece —dijo él con voz ronca, dando a su vez un paso atrás. Miró la hora—. De todas formas, tengo que marcharme.

—¿No vas a desayunar? —preguntó Alyssa precipitadamente, sin poder ocultar su desilusión.

—Sí, pero tomaré algo con los hombres en el cobertizo —dijo Clint y, para sorpresa de Alyssa, cruzó la distancia que los separaba y le plantó un beso en los labios—. Nos veremos en un par de días.

Alyssa asintió mientras se decía que le sentaría bien liberarse unas horas de su influjo. Necesitaba aclararse las ideas y recuperar la calma.

A lo largo de aquel día, Alyssa tuvo la convicción de que lo mejor que podía pasarle era distanciarse de Clint y que, por tanto, debía alegrarse de que fuera a estar un par de días fuera del rancho.

Sus cajas habían llegado, las había abierto y tenía todo lo que necesitaba para pasar los fríos días de febrero que se avecinaban.

El segundo día, descubrió que se acercaba constantemente a la ventana para ver si, por casualidad, Clint se decidía a volver al rancho un día antes de lo que había calculado. Y mientras lo hacía, trataba de convencerse de que en realidad no deseaba que lo hiciera, que ya tenía suficiente compañía con el encantador Chester y los trabajadores que se habían quedado en el rancho y que la trataban con una exquisita cortesía.

Para cuando llegó el tercer día, no lograba concentrarse en nada. Recorría el despacho como un tigre enjaulado y le resultaba imposible trabajar. Cada vez que oía un ruido en el exterior, corría hasta la ventana por si se trataba de Clint. Aquella noche, tras cenar con Chester, esperó en la oscuridad del porche, de pie, oteando el

horizonte. Se veía a sí misma como una mujer a la orilla del mar pendiente de la llegada de su marido marinero, y esa comparación le asombró. Por primera vez desde que se encontraron en Austin, se dio cuenta de que sus sentimientos hacia Clint se hacían cada vez más profundos e intensos.

Suspiró profundamente. Nada de todo aquello tenía sentido. No se habían visto en años. La única explicación posible era que Clint, con su arrogante seguridad en sí mismo y su indomable sensualidad, resultaba más viril de lo que Kevin jamás lograría ser. Desde el fatídico día en el que debía haberse celebrado su boda, no había sentido ninguna implicación emocional con ningún hombre.

Que Kevin le hubiera sido infiel la había conmocionado, pero aún peor fue que Kevin pretendiera olvidar lo ocurrido y asumiera que podían seguir adelante como si no hubiera sucedido nada. Pero para ella, eso fue imposible. Por eso había actuado de la única manera que sabía: protegiendo su corazón. Para ello, había evitado toda relación con los hombres. En definitiva, había reaccionado exactamente como Kim esperaba.

Había aceptado hacía ya años que Kim no podía soportar que un hombre la amara y quisiera formar una familia con ella. La tía Claudine tenía razón cuando le decía que tenía que superar su dolor y no dar a Kim la satisfacción de hundirse. Pero Alyssa, hasta aquel momento, no había encontrado un hombre que despertara en ella la necesidad de abrirse de nuevo.

Clint Westmoreland le daba ganas de vivir de nuevo con una fuerza que no había sentido en los dos años anteriores. Y aunque sólo se dejara llevar durante los días que permaneciera en el rancho, al menos en aquella ocasión no tendría que preocuparse de que Kim saboteara su relación con Clint. Alyssa era lo bastante lista como para saber que ninguna relación podía ser duradera con él. Cuando se cumplieran los treinta días, Clint estaría deseando que se marchara de su vida y de su rancho.

En el pasado, Alyssa había rechazado relaciones ocasionales, pero por algún extraño motivo, pensaba que los días que iba a pasar con Clint no entraban en esa categoría. Sería algo más. Dejarse arrastrar por el placer parecía la consecuencia lógica de la relación que habían establecido. Sus sentimientos hacia Clint le habían hecho resucitar. Tener un affaire con él podía ser la manera de recuperar su autoestima y la seguridad en sí misma como mujer. También representaba un intento de disfrutar de la vida antes de retornar a la insípida existencia que ella misma se había impuesto en Waco.

– ¡Qué buena noche!

La voz de Chester la sobresaltó. Cada día le gustaba más aquel hombre maduro, tan leal a Clint y a sus hermanos. Inevitablemente, le recordaba a su abuelo, a la relación que había mantenido con él y a la que en el presente mantenía con su tía.

– Maravillosa – dijo Alyssa. Imaginaba que Chester era lo bastante intuitivo como para adivinar por qué estaba en el porche. Lo siguiente que dijo probó que asiera.

—A veces se tarda más de dos días en soltar a los caballos. A algunos les altera mucho cambiar de sitio. Si Clint no ha vuelto todavía es porque ha tenido mucho trabajo.

Alyssa supo que Chester intentaba decirle que Clint no faltaba del rancho porque tratara de evitarla. ¿Cómo era posible que le hubiera leído la mente?

Sonrió a la vez que se envolvía en la rebeca que llevaba sobre los hombros. Febrero estaba resultando más frío que enero.

—Clint me ha dicho que tu abuelo participaba en rodeos — dijo Chester.

—Así es como conoció a Sid Roberts. Solía hablar de ello con orgullo.

—Se ve que estabais muy unidos.

—Sí. Era una persona muy especial para mí.

Menos de una hora más tarde, cuando Alyssa se preparaba para ir a la cama, recordó aquellas palabras y se dijo que también podía aplicárselas a Clint.

Clint sintió que le flaqueaban las piernas al contemplar a Alyssa mientras dormía. El rayo de luz de un foco del jardín le iluminaba el rostro y aunque estaba cubierta por la ropa de cama, resultaba tan sexy como si llevara un camisón transparente.

Tenía que reconocer que había roto su promesa al entrar en su dormitorio, pero sólo lo había hecho porque Chester le había contado que Alyssa había estado en el porche esperando su llegada.

En un principio, Clint prefirió no creerle, pero luego decidió aceptar la posibilidad de que fuera cierto que Alyssa le hubiera echado de menos... Igual que él la había añorado a ella.

La idea de echar de menos a una mujer le inquietaba, pero lo quisiera o no, la verdad era ésa. Alyssa poblaba sus fantasías diurnas y sus sueños nocturnos desde que había llegado al rancho. Y no le gustaba ni una cosa ni otra.

¿Cómo podía haber adquirido un puesto tan importante en sus sentimientos en tan poco tiempo?

Desde la ruptura con Chantelle, había mantenido varias relaciones, pero ninguna de ellas había tenido ninguna importancia ni le había dejado huella. Pero Alyssa empezaba a ser algo más que eso. Estaba haciéndose un hueco cada vez más grande en su corazón.

Un mechón de cabello le caía sobre el rostro. Clint se inclinó y se lo retiró con delicadeza, cuidando de no despertarla. Suspiró sabiendo que no debía estar allí, pero consciente, también, de que, de no haber ido a verla, no habría pegado ojo en toda la noche.

También sabía que su visita al dormitorio de Alyssa tenía otro significado: necesitaba estar cerca de ella.

Le irritaba pensar lo mucho que había anhelado verla durante los días que había estado ausente. Por eso mismo necesitaba recuperar el dominio de sí mismo antes de la mañana siguiente. Tenía que sofocar las emociones que Alyssa despertaba en él y establecer cierta distancia entre ellos.

Frunció el ceño al darse cuenta de que iba a ser mucho más difícil de lo que le hubiera gustado y que sólo lo lograría pasando fuera del rancho más días de lo que había calculado inicialmente.

Pero si ésa era la única solución, ¿por qué le provocaba tanta amargura pensar en llevarla a cabo?

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Alyssa oyó voces de hombres bajo la ventana de su dormitorio.

Saltó de la cama y se puso una bata. Al asomarse a la ventana, se le paró el corazón al ver a tres de los hombres que formaban parte de la cuadrilla que había ido con Clint, lo cual sólo podía significar que también él estaba en el rancho.

Con una sonrisa en los labios, Alyssa fue al cuarto de baño. En media hora, estaba lista y ansiosa por ver a Clint antes de que volviera a marcharse.

Anhelaba encontrarse con él, saciarse de su presencia. Se miró por última vez en el espejo antes de dejar la habitación y le satisfizo el aspecto que presentaba con unos vaqueros, una camisa blanca y las botas nuevas que había comprado el día anterior, al ir en coche al centro comercial con Chester. Se sentía como una verdadera chica de Texas.

Tomó aire y asió el pomo de la puerta con manos temblorosas, rezando para que su corazón recuperara su ritmo normal. Para ello, tendría que dejar de pensar que, en unos minutos, estaría respirando el mismo aire que Clint.

Abrió la puerta y le dio un vuelco el corazón. Apoyado en la pared de enfrente, como si la estuviera esperando, se encontraba Clint. Alyssa se quedó sin palabras. Antes de que lograra reaccionar, Clint se acercó, tiró de ella hacia sí y la besó con una urgencia que la dejó atónita.

Sin ofrecer la más mínima resistencia, ella se abrazó a su cuello y se estrechó contra él, dejando que su lengua se adentrara en su boca tan profundamente como Clint quiso. Toda idea relacionada con mantener el control de la situación o distanciarse de Clint se esfumó. Sólo podía pensar en la felicidad que sentía por su vuelta, porque estuviera allí, con ella, y explorara su boca con un hambre que sólo podía significar que también él la había echado de menos.

La amnesia se apoderó de ella, haciéndole olvidar que debía proteger su corazón y la determinación que había tomado a lo largo de la noche de exigir a Clint que reprimiera sus impulsos. Toda su energía se concentró en el intenso deseo que amenazaba con devorarla mientras le devolvía el beso a Clint con la misma pasión que él se lo estaba dando.

Y cuando finalmente Clint separó su boca de la suya y recorrió con su lengua el perfil de sus labios, Alyssa se oyó a sí misma gemir y notó que se le humedecían las bragas. Clint alcanzaba partes de su cuerpo a las que no había llegado ningún otro hombre y despertaba en ella anhelos que desconocía tener.

–Tengo que irme –susurró Clint contra sus labios.

Su voz quebrada y ronca acabó por desmoronar toda pretensión de frialdad y distanciamiento por parte de Alyssa.

–¿Desayuno? –fue la única palabra que fue capaz de articular.

–Ya he comido. He de volver a los pastos. Tengo que pasar el día fuera, pero quería verte antes de irme.

Las palabras de Clint multiplicaron el cosquilleo que le recorría el cuerpo. A continuación, como si no hubiera tenido bastante, Clint volvió a besarla. Y una vez más, Alyssa le devolvió el beso con la pasión de una mujer hambrienta por estar con un hombre, y no uno cualquiera, sino con el que la abrazaba en aquel momento: Clint.

Cuando finalmente separaron sus bocas, Alyssa tuvo la seguridad de que tenía los labios hinchados. Cualquiera que la viera en aquel momento, podría adivinar la causa, pero le daba lo mismo.

–Tengo que irme –repitió Clint. Y como si necesitara vencer la tentación de volver a estrecharla en sus brazos, dio un paso atrás. La miró unos segundos y alargó la mano para acariciarle los labios—. Anoche me juré que no volvería a hacerlo –dijo con voz aterciopelada–, pero no consigo evitarlo. Alyssa Barkley, eres una tentación a la que no me puedo resistir.

Y sin esperar a que Alyssa respondiera, se marchó.

–¿Te pasa algo, jefe? –preguntó uno de los peones a Clint unas horas más tarde, mientras trabajaban con los caballos.

Clint miró a Walter Pockets con expresión contrariada.

–Estoy perfectamente, ¿por qué?

El peón, que sólo llevaba dos años trabajando para él, vaciló antes de contestar.

–Porque estás poniendo la silla al revés.

–Maldita sea –masculló Clint, quitando la silla y colocándola correctamente sobre el caballo, a la vez que se decía que tenía suerte de que sólo Pockets le hubiera visto cometer tal error—. Tengo la cabeza en otra parte –añadió, aunque sabía que era una mala excusa. Él era el primero en reprender a sus hombres si se desconcentraban mientras realizaban la más sencilla de sus tareas manuales. Trabajar en un rancho exigía una gran concentración. Y aquel día era él quien estaba fallando.

–Si quieres, puedo adelantarme yo para ver cómo van las cosas –dijo Pockets.

Clint evaluó la oferta de su hombre. Era casi la hora de almorzar. Y aunque había pensado comer con sus hombres, estaba empezando a cambiar de idea. Besar a Alyssa no le había ayudado a mitigar el deseo que despertaba en él. Al contrario, cada vez que sus labios tocaban los de ella, aumentaba la necesidad que sentía de tenerla cerca. Y por más que intentara combatir el impulso de besarla, hacerlo se había convertido en algo tan necesario como respirar.

—Gracias —se oyó decir—. Te lo agradecería. Tengo que resolver un asunto en casa —dijo con tanta sinceridad como fue capaz.

En menos de media hora, entraba en la cocina. Chester alzó la vista del puchero en el que cocinaba y lo miró con sorpresa.

—No te esperaba hasta esta noche.

Clint se encogió de hombros.

—He terminado pronto. ¿Dónde está Alyssa? ¿En mi despacho?

—No. Me ha preguntado si podía tomar prestada la furgoneta para ir a la ciudad. Ha dicho que iba a darse una ducha, así que debe de estar en su dormitorio.

La imagen de Alyssa desnuda bajo el chorro de la ducha excitó a Clint automáticamente. Preguntándose por qué necesitaría Alyssa ir al centro, fue hacia el despacho.

—Deberías ir con ella —oyó decir a Chester. Clint dio media vuelta y volvió a la cocina.

—¿Porqué?

Chester sonrió.

—Para ayudarla a traer las bolsas y cajas que va a recoger.

Clint frunció el ceño.

—¿Qué bolsas y qué cajas?

—Las de las compras que va a hacer —dijo Chester.

Clint se cruzó de brazos.

—¿Y por qué demonios iba a acompañarla a ir de compras?

Chester se rió quedamente.

—Así tendrías una excusa para pasar un rato con ella fingiendo que la ayudas. Y no insultes mi inteligencia preguntándome qué me hace pensar que quieras pasar tiempo con ella, Clint. He visto cómo tenía los labios a la hora del desayuno.

Clint hizo una mueca de impaciencia.

—¿Y?

—Y tengo la impresión de que debes ser algo más delicado —dijo Chester con una risa sofocada.

Clint no creía poder serlo, pero en lugar de contestar a Chester, dio media vuelta y se fue.

– ¿Dónde están las llaves de la furgoneta, Chester? – preguntó Alyssa, mirando a su alrededor. Estaba segura de haberlas dejado sobre la mesa de la cocina cuando Chester se las había dado a primera hora de la mañana.

– Las tiene Clint – dijo Chester.

Alyssa pareció sorprendida.

– ¿Clint?

– Sí – dijo él, sin apartar la mirada de la cazuela.

– Creía que iba a pasar todo el día fuera – dijo Alyssa.

Chester sonrió.

– Eso creía yo también, pero se ve que ha cambiado de planes.

– ¿Y necesita la furgoneta?

– No – dijo Chester –. Creo que ha tomado las llaves porque va a ir contigo a la ciudad.

Alyssa tragó para tratar de deshacer el nudo que se le formó en la garganta.

– ¿Estás seguro?

– Completamente. De hecho, está esperándote fuera.

Alyssa se alegró de que Chester no viera su expresión de alegría y de sorpresa.

– Bueno, entonces supongo que nos veremos en una hora – dijo, mirando el reloj.

– Lo dudo – dijo Chester.

– ¿Perdón? – preguntó Alyssa, que pensaba que había oído mal.

– Nada – dijo Chester.

Alyssa le lanzó una mirada de desconcierto, convencida de que sí había dicho algo. Pero en lugar de interrogarle, fue hacia el salón con piernas temblorosas. ¿Por qué querría Clint acompañarla a la ciudad? ¿Habría recibido una llamada de Hightower? De ser así, seguro que se lo habría dicho.

Se detuvo justo antes de abrir la puerta para recuperar la calma. Era la primera vez que veía a Clint desde el beso de la mañana, al que todavía no había logrado sobreponerse. Y el plazo para lograrlo se había acortado dramáticamente con la inesperada vuelta de Clint.

Tomó aire y abrió la puerta con decisión. Delante de ella, apoyado en la furgoneta y obviamente esperándola, estaba Clint. En cuanto lo vio, sintió mariposas en el estómago.

Descendió la escalinata lentamente, intentando ignorar la intensa mirada con la que Clint la recorrió de arriba abajo. Para no dejarse intimidar, Alyssa lo imitó. Vio

que se había tomado el trabajo de ducharse y afeitarse. Estaba arrebatador con unos vaqueros limpios y una camisa azul añil; cruzaba las piernas a la altura de los tobillos y llevaba un sombrero negro. Era la viva imagen del ideal masculino de Alyssa.

Mientras caminaba hacia él, fue consciente de que Clint la miraba con deseo. Al llegar a su lado, la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se rozaron, y con sus labios a unos milímetros de los de ella, susurró:

– ¿Estás bien?

Alyssa hubiera querido decirle que no y que no lo estaría hasta marcharse del rancho. Pero entretanto y por primera vez en su vida, estaba empezando a considerar todas las posibilidades que se le abrían mientras estuviera allí, y los tórridos recuerdos que podía almacenar y a los que podría aferrarse cuando volviera a su solitaria cama.

– Sí, estoy bien – balbuceó.

Como respuesta, Clint le pasó la lengua rápidamente por los labios y la soltó. Alyssa pestañeó, preguntándose si lo habría soñado, a pesar de que la humedad que sentía en los labios era la prueba palpable de que había sucedido.

– ¿Podemos irnos? – preguntó Clint con voz ronca, deslizando la mano por su brazo hasta tomar la de ella.

– Sí – dijo Alyssa con el corazón acelerado.

Clint le abrió la puerta del acompañante y ella subió. Por un instante, pensó que volvería a besarla, pero Clint se inclinó para abrocharle el cinturón de seguridad.

– Gracias – dijo ella con voz temblorosa.

Clint sonrió.

– De nada – y cerró la puerta.

Alyssa asió su bolso con fuerza mientras le veía rodear la furgoneta silbando una canción antes de colocarse detrás del volante. Tras abrocharse el cinturón y poner el motor en marcha, Clint se volvió hacia ella y preguntó:

– ¿Dónde vamos?

Alyssa arqueó las cejas al ver que estaba de un extraordinario buen humor.

– ¿Vas a abandonar tus tareas para hacerme de chófer? – preguntó, esbozando una sonrisa.

– Supongo que sí – dijo él sin dejar de sonreír –. Cuando he sabido que ibas de compras, he pensado que era un buen momento para buscar el cinturón que necesito.

– Ah – dijo Alyssa, aunque sabía que eso no explicaba por qué había cambiado de planes para volver al rancho antes de tiempo.

– Así que, ¿dónde vamos? – preguntó él de nuevo...

– ¿Al centro comercial Highland? – sugirió Alyssa.

Era su lugar de compras favorito cuando, durante el tiempo que formó parte de los rangers, vivía en Austin.

– Pues allá vamos – dijo Clint, y puso el vehículo en movimiento.

Alyssa se apoyó en el respaldo, preguntándose expectante cómo transcurriría el resto del día.

## *Capítulo Nueve*

Clint y Alyssa volvieron al rancho al atardecer. Además de ir de compras, Clint había sugerido ir al cine y, como no se decidían entre las diez películas que se proyectaban, optaron por ver dos.

Clint había gozado inmensamente de la compañía de Alyssa, y había descubierto nuevos rasgos de su personalidad. Por ejemplo, que le entusiasmaba la comida mexicana y que le apasionaba su trabajo. A lo largo del día, Alyssa le había explicado el proceso de crear una página Web y cómo cada una de ellas se adaptaba a las necesidades de cada cliente y exigía un diseño distinto. También le había hablado de los buscadores y de su importancia para los usuarios de Internet.

Durante el almuerzo, Clint había disfrutado tanto viéndola comer que hasta había llegado a sentirse excitado. Pero si eso le había desconcertado, aún más sorprendente le había resultado descubrir que disfrutaba haciendo compras con ella. Era una gran compradora y había demostrado ser una especialista en conseguir gangas.

– ¿Dónde quieres que deje las bolsas? – preguntó al entrar en casa.

– En mi dormitorio, por favor.

Clint miró a Alyssa son sorna.

– ¿Estás haciéndome una proposición?

Alyssa sacudió la cabeza.

– Sólo te dejo pasar para que dejes los paquetes, Clint – replicó sonriente.

Mientras acompañaba a Alyssa a su dormitorio, pensó que había cometido un error al decidir que ocupara un dormitorio tan alejado del de él.

– ¿Te he dicho que estás preciosa? – preguntó súbitamente.

Alyssa lo miró de soslayo.

– Gracias – replicó tímidamente. Y Clint se dio cuenta de que la había desconcertado.

Al llegar a la puerta del dormitorio, esperó a que Alyssa entrara.

– Puedes dejar los paquetes sobre la cama – dijo ella.

– Como quieras – dijo Clint. Había estado allí aquella noche, mientras Alyssa dormía, y el recuerdo de su imagen respirando apaciblemente, relajada, lo excitó.

Al girarse tras dejar las bolsas en la cama, vio que Alyssa lo observaba y, como en otras ocasiones, fue consciente de la magnética atracción que sentían el uno por el otro, y supo que Alyssa también la notaba.

– Ésta es tuya – dijo Alyssa, dándole una de las bolsas.

— ¡Claro, el cinturón! — dijo Clint con una risa sofocada al tiempo que la tomaba.

Luego, atrajo a Alyssa hacia sí y advirtió el brillo apasionado que se escondía en el fondo de su mirada.

— Siempre me prometo no besarte y luego acabo haciéndolo — dijo en un susurro.

— ¿Por qué?

Clint esbozó una sonrisa.

— Ya te he dicho por qué. ¿Quieres que te lo recuerde?

— Sí, ¿por qué no? — dijo Alyssa, insinuante.

Clint le hizo sentir su sexo erecto al tiempo que colocaba las manos en la parte baja de su espalda y la empujaba contra sí.

— ¿Necesitas que te lo explique? — preguntó con voz ronca.

Alyssa le sostuvo la mirada.

— Sí — dijo, pícaramente.

Clint se inclinó y le pasó la punta de la lengua por la mejilla.

— Me encanta cómo sabes. Uno de estos días, Alyssa, voy a probar el resto de tu cuerpo.

Oyó la respiración entrecortada de Alyssa. Sabía que había hablado con crudeza, pero necesitaba ser sincero. Si su relación seguía por el camino que iba y no lograban controlarse, no tardarían en romper el acuerdo que habían alcanzado.

— Recuerda que tenemos un acuerdo — dijo ella en un susurro.

— Lo recuerdo perfectamente — dijo él, apretándola contra sí—. ¿Y tú?

Alyssa alzó la cara para mirarlo a los ojos.

— Claro que sí.

— Tú fuiste quien lo impuso, Alyssa, y sólo tú puedes romperlo. Mientras tú no cambies de opinión, yo mantendré mi promesa.

— ¿Y.. y entonces... tus insinuaciones? — balbuceó ella.

Clint sonrió.

— ¿Qué pasa con mis insinuaciones?

Alyssa estudió su rostro y decidió que no hablaba en serio.

— Me estás tomando el pelo — dijo.

— En absoluto. Estoy hablando completamente en serio.

Como si se hubiera cansado de jugar, Alyssa alzó la barbilla con gesto airado.

— No puedes tener todo lo que quieres, Clint.

Él se rió sin convicción.

– Cariño, cuando te tenga, pienso dártelo todo tal y como lo he soñado en mis fantasías nocturnas –y como si quisiera hacerle una demostración, entreabrió las piernas al tiempo que apretaba a Alyssa contra su entrepierna. Luego se inclinó y le dio un beso –. Nos veremos a la hora de cenar.

– Hoy no voy a cenar –replicó Alyssa.

– Espero que no lo hagas por mí – dijo Clint.

– No – dijo ella en tensión –. Lo hago por mí.

Alyssa se desperezó en la cama. Era más de medianoche y se había acostado después de ducharse y ponerse una de las holgadas camisetas con las que solía dormir.

No había ido a cenar porque necesitaba pasar unas horas sin ver a Clint. Había charlado un rato con su tía Claudine quien, afortunadamente, no le había preguntado por él.

Chester había llamado a su puerta por si quería que le llevara una bandeja con la cena, pero ella, agradeciéndole la oferta, le había dicho que no hacía falta. Suponía que Chester sospechaba, erróneamente, que no quería cenar con Clint porque habían discutido. Necesitaba estar a solas porque cuando estaba con Clint no era capaz de pensar racionalmente.

Sonó su teléfono móvil y frunció el ceño preguntándose quién podía llamarla a aquellas horas. Su tía Claudine se acostaba sobre las nueve de la noche.

Se incorporó y lo tomó. Su gesto de desconcierto se intensificó al darse cuenta de que se trataba de Kim. ¿Cómo habría conseguido su teléfono? Era imposible que se lo hubiera dado su tía.

– ¿Sí? – contestó, decidiendo que ya era hora de enfrentarse a su prima.

– ¡Vaya! ¡He llegado a pensar que te habías evaporado de la faz de la tierra! – exclamó Kim.

Alyssa puso los ojos en blanco.

– ¿Qué quieres, Kim?

– ¿Dónde estás?

– Da lo mismo. ¿Qué quieres?

– Todo el mundo se pregunta dónde estás, y la tía Claudine sólo dice que has ido a ver a un cliente.

– Será que es verdad – Alyssa no pensaba proporcionarle ninguna información.

– Alyssa, ¿no crees que ya es hora de que hablemos? Estoy harta de que me culpes por ser incapaz de conservar a los hombres. No es culpa mía que todos acaben prefiriéndome.

– Escucha, Kim, tengo cosas que hacer.

– ¿Y no vas a decirme dónde estás?

– No.

– ¡Peor para ti!

– Adiós, Kim, y por favor, no vuelvas a llamar – dijo Alyssa, y colgó.

Respiró profundamente y se levantó de la cama haciendo un esfuerzo sobrehumano por contener su indignación. Aunque Kim era muy distinta a Clint, le irritaba la seguridad que ambos mostraban. Sin embargo, le costaba imaginar que Clint fuera capaz de hacer daño deliberadamente.

Para librarse de la energía negativa que acababa de acumular, decidió ir al despacho de Clint a jugar al ordenador.

En la casa reinaba un profundo silencio, así que asumió que Clint estaría dormido. Fue de puntillas hasta el despacho y abrió la puerta con cautela. Estaba vacío.

La conversación con Kim le había llenado de ansiedad. Encendió el ordenador y mientras esperaba a que arrancara, intentó contener la ira que sentía. De pronto, oyó un ruido. Se giró y, al ver a Clint en la puerta, se quedó paralizada.

– Creía que dormías – dijo, decidida a aparentar una calma que estaba lejos de sentir.

Clint esbozó una sonrisa.

– Como puedes ver, estoy muy despierto.

Alyssa vio que ni siquiera se había desvestido, y al deslizar la mirada por su cuerpo, descubrió que tenía una erección. La mera noción de que la deseara bastó para acelerar sus pulsaciones y para que su corazón latiera con fuerza. Al instante, sus labios temblaron con el recuerdo de los besos que se habían dado.

Respiró profundamente para intentar detener la oleada de deseo que le recorrió el cuerpo en respuesta al que percibía en Clint.

– ¿Has venido por algún motivo? – preguntó con voz temblorosa.

– Sí – dijo él con arrogancia al tiempo que se acercaba a ella. Cuando llegó ante el escritorio, apoyó las manos en él e, inclinándose hacia delante hasta que su rostro casi tocaba el de Alyssa, dijo –: Esta noche quiero enseñarte una nueva versión de *Jugando con fuego*.

Alyssa se echó hacia atrás lentamente.

– Has hecho una promesa – dijo en tono acusador.

– He prometido no llevarte a mi cama, Alyssa – dijo él. Y por un instante apartó la mirada de ella para mirar a su alrededor –. Aquí no hay ninguna cama.

Alyssa alzó la barbilla.

–No necesitas una cama para lo que quieres hacer, tú mismo lo has dicho – dijo, desafiante.

Clint sonrió.

–Tienes razón. Para hacerte el amor no necesito una cama, sino que tú lo desees. Jamás te forzaría.

Alyssa le creyó, pero también sabía que no le haría falta mucho esfuerzo para convencerla. Clint se había convertido en su debilidad.

–No haré nada que no quieras. Ven a jugar conmigo – dijo él, tendiéndole la mano – . Confía en mí.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Alyssa le dio la mano y supo que acababa de dejar su suerte en manos del destino.

Clint Westmoreland exigía de ella más de lo que había exigido ningún hombre. Estaba asumiendo un riesgo mayor del que había aceptado con Kevin. Y al mirar fijamente los oscuros ojos de Clint supo que si lo hacía era porque lo amaba, porque estaba enamorada de él.

No quiso perder el tiempo preguntándose cuándo ni por qué había sucedido. Estaba dispuesta a aceptarlo sin más, como estaba dispuesta a asumir que entre ellos no habría más que sexo y que sus sentimientos no encontrarían respuesta en Clint.

Al cabo de treinta días se marcharía. Pero en aquel instante, eligió vivir plenamente.

–Confío en ti, Clint –susurró– . Enséñame a jugar contigo.

## Capítulo Diez

Sin soltar la mano de Alyssa, Clint le hizo rodear el escritorio hasta que la tuvo delante. Quería demostrarle cuánto la deseaba. Para ello posó sus manos sobre el trasero de Alyssa y la atrajo hacia sí, dejando escapar un sordo gemido al sentir su endurecido sexo contra su vientre.

– Alyssa –susurró, justo antes de cubrir sus labios con los de él y besarla vorazmente.

La intensidad que despertaban sus besos lo sacudió una vez más hasta la médula. El sabor de su boca lo embriagaba. Y cada vez que lo probaba, se debatía entre saborearlo lentamente o hartarse de él como si no hubiera probado bocado en días.

Para encontrar el equilibrio, tuvo que frenarse. Quería que la pasión que los devoraba fuera lo más duradera posible. Quería hacer el amor a Alyssa una vez, y otra... y otra más.

Desde su punto de vista, no estaban incumpliendo los términos de su relación. Se limitaban a dar un paso más allá. Eran dos adultos y, como tales, podían permitírselo. No habría promesas, sólo placer. Al cabo de treinta días su matrimonio sería anulado y Alyssa se marcharía. Su vida continuaría igual que antes de recibir la carta en la que le habían notificado el error de la agencia. Y sin embargo, por algún extraño motivo, pensar en la partida de Alyssa le inquietaba, aunque prefería no analizar la causa.

Alyssa le empujó suavemente el pecho con las manos para que la soltara, y al ver sus labios hinchados y enrojecidos, Clint comprendió que necesitaba un respiro.

– No sé si voy a poder aguantar mucho más – dijo ella en un susurro jadeante.

Clint sabía que podía besarla de maneras muy diferentes y estaba ansioso por explorarlas. Para él, en eso consistía el *jugar con fuego*, y ardía en ascuas por comprobar cuánto calor era capaz de aguantar Alyssa.

– Ven conmigo – dijo.

Tras llevarla hasta el sofá, se sentó y la hizo sentarse sobre su regazo. Luego, le dio un beso en la frente y cuando Alyssa hizo ademán de bajarse la camiseta para cubrirse las piernas, la detuvo.

– Déjala así –susurró. Y le acarició el muslo.

Desde el primer momento le habían llamado la atención sus piernas, pero Alyssa llevaba días ocultándolas bajo unos pantalones vaqueros que, por otra parte, enfatizaban sus femeninas curvas.

De hecho, no había nada de Alyssa que no le gustara. Lo único que le causaba cierta desconfianza era lo reacia que se mostraba a hablar de su familia. Durante la salida al centro comercial había intentado hablar de ello, pero Alyssa se había

mostrado esquivo y Clint no podía evitar preguntarse qué opinarían de que fuera a vivir un mes con él. Ni siquiera sabía si, tal y como él había hecho con sus hermanos, se lo habría contado.

Aquella tarde había llamado Cole desde México, donde estaba cumpliendo una misión para la agencia, y al igual que con Casey, Clint no había tenido reparo en explicarle la situación. Como era de esperar, a Cole le había parecido hilarante y había dicho que se alegraba de no estar en su pellejo. Luego, le había preguntado si Alyssa era guapa, a lo que Clint había respondido que extremadamente.

–¿Y estás seguro de no querer tenerla cerca un poco más de tiempo? – preguntó Cole.

Clint había contestado rápidamente:

–Desde luego que no. En treinta días, se irá.

–¿Clint?

La voz de Alyssa lo devolvió al presente, y Clint se dio cuenta de que había subido la mano por su muslo distraídamente.

–¿Sí? – preguntó con una sonrisa.

–¿Qué vas a hacerme? – preguntó ella en un susurro.

Con una calma que estaba lejos de sentir, Clint contestó:

–Voy a enseñarte una nueva versión de *Jugando con fuego*, pero el objetivo del juego seguirá siendo el mismo. Mi meta es hacerte estallar, cariño – susurró contra los temblorosos labios de Alyssa.

A continuación, cambió la posición de Alyssa sobre su regazo para quitarle la camiseta y no le sorprendió descubrir que, tal y como había imaginado, estaba completamente desnuda. Alyssa le había dicho que confiaba en él y pensaba comprobar hasta qué punto decía la verdad.

Se puso en pie con ella en brazos y la echó sobre el sofá, expuesta a su mirada. Deslizó los ojos por sus senos, descubrió un *piercing* en su ombligo, y, un poco más abajo, su centro de mujer y sus largas y preciosas piernas.

–Eres espectacular – musitó.

Fascinado y cautivo, se arrodilló lentamente delante de ella para tocarla y saborearla. Alargó las manos y cubrió sus senos antes de inclinarse hacia delante para mordisquear sus pezones, que se endurecieron al instante.

Un gemido escapó de la garganta de Alyssa y Clint sonrió al pensar que apenas había comenzado.

–¿Te gusta cómo te toco, Alyssa? – preguntó, al tiempo que le pellizcaba los pezones—. ¿Cómo te sientes? – susurró al verla mordisquearse el labio inferior.

–Bien – dijo ella, jadeante.

–¿Te gusta?

—Sí —dijo Alyssa con los ojos cerrados, como si le costara un gran esfuerzo articular cada palabra.

Entonces, Clint fue deslizado sus manos por su estómago, acariciándole la tersa y suave piel hasta detenerse sobre el *piercing* mientras sonreía. Lentamente, alcanzó la intersección entre sus muslos y oyó a Alyssa contener el aire cuando metió los dedos en su interior. Estaba húmeda, y su olor lo enloqueció.

Conteniendo las ganas de saborearla, sacó la mano de su entrepierna y la bajó por sus piernas hasta sus delicados pies. No quería dejar sin tocar ni un milímetro de su cuerpo.

—Ha llegado la prueba del sabor —musitó, decidido a sentir el primer orgasmo de Alyssa en los labios.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—No creo que pueda soportar mucho más.

Clint sonrió.

—Claro que sí. Espera y verás. Confía en mí.

Alyssa asintió y Clint, inclinándose, volvió a mordisquear sus pezones.

Nunca había deseado tanto probar el sabor de una mujer, ni demostrarle cuánto la deseaba. Alyssa estaba tan sensual y seductora que un sinfín de emociones lo envolvieron al tiempo que iba bajando la cabeza hasta alcanzar la zona que tanto anhelaba.

Alyssa gimió al sentir su boca en su sexo, y cuando la acarició con la punta de la lengua, estuvo a punto de caerse del sofá. Pero Clint la asió, incorporándose lo justo como para poner las piernas de Alyssa sobre sus hombros. Se sentía dominado por una energía sexual primitiva y básica, que estaba decidido a transmitirle a Alyssa de una manera muy íntima.

Sujetándole las caderas, agachó la cabeza y encontró su objetivo sin titubear, atrapando su núcleo femenino, cerrando su boca sobre él. Alyssa sabía dulce. Ella dejó escapar una letanía de gemidos y arqueó la espalda mientras Clint continuaba atormentándola con su lengua. Podía sentir el cuerpo de Alyssa ardiendo, a punto de estallar. Afianzó sus manos sobre sus caderas al oír que gritaba y siguió lamiendo su centro mientras gozaba con el cuerpo de Alyssa contorsionándose contra su boca.

Alyssa era una mujer llena de pasión, un sueño hecho realidad. Y cuando ya no pudo contenerse más y estalló en una sucesión de violentas sacudidas, Clint siguió acariciándola con su lengua. Sentía su entrepierna a punto de explotar, pero consiguió mantenerla bajo control. Ya llegaría su hora. Aquella era la noche de Alyssa.

Cuando percibió que se quedaba laxa y exhausta, la tomó en sus brazos y la besó. Quería darle tiempo para que se recuperara antes de volver a empezar.

Clint contempló a Alyssa desde el otro lado del escritorio y sonrió al verla dormir plácidamente, agotada por un exceso de pasión y sexo. Como quería dejarla dormir, pero no le apetecía separarse de ella, decidió navegar por Internet.

En primer lugar, entró en la página del negocio de Alyssa y le impresionó ver la cantidad de buenos comentarios que recibía. Entre sus clientes se encontraban desde grandes firmas a individuos con necesidades básicas.

Para poner en práctica alguna de las cosas que Alyssa le había explicado durante el almuerzo, decidió probar uno de los buscadores y encontró varias fundaciones que, como la suya, se dedicaban a la cría de caballos salvajes. Una de ellas se encontraba en Arizona y decidió contactarla aquel mismo día.

Después, sólo por entretenerse, introdujo el nombre de Alyssa por si encontraba otra de las páginas que había diseñado o a las que estuviera asociada. En la pantalla apareció un listado tanto de sus páginas como de los premios que había recibido y Clint no pudo evitar sentir una punzada de orgullo.

Pero de inmediato su mirada se endureció. En una de las entradas aparecía un artículo en el que se anunciaba su compromiso de boda. Alyssa nunca había hecho referencia a haber estado prometida y Clint sintió un instantáneo dolor en la boca del estómago.

Abrió el artículo y se quedó sin aire. En el titular leyó que el abogado Kevin Brady se casaba con Alyssa Barkley. La tensión se acumuló en los hombros de Clint mientras leía el texto, fechado dos años atrás:

En presencia de más de quinientos invitados, el conocido abogado Kevin Brady se ha casado con la diseñadora de páginas Web, Alyssa Barkley.

También se incluía una fotografía de Alyssa, luciendo un espectacular vestido de novia.

Clint cerró el artículo, indignado y asqueado ante la posibilidad de haber hecho el amor con la esposa de otro hombre. En las primeras conversaciones, Alyssa le había dicho que no estaba casada. Sin embargo, el artículo la contradecía.

Cabía la posibilidad de que estuviera divorciada pero, aun así, Alyssa debía habérselo contado. Para él, aquello lo cambiaba todo. Irritado, apagó el ordenador. Se sentía engañado, estafado.

Decidió no despertar a Alyssa, pero se sentó en una silla, al lado del sofá, a esperar a que abriera los ojos. Cuando lo hizo, una media hora más tarde, vio que lo miraba con expresión desconcertada y que sonreía. Él la observó con severidad.

—¿Clint? —dijo ella, irguiéndose en actitud alerta—. ¿Qué pasa?

Clint guardó silencio, tomó la camiseta y se la pasó por encima de la cabeza. Luego, en tono crispado, preguntó:

— ¿Por qué no me has dicho que estabas casada, Alyssa?

## Capítulo Once

Alyssa lo miró boquiabierta, por la cara que puso Clint, dedujo que interpretaba su reacción como si se sintiera culpable. Por un instante se dijo que, puesto que Clint había pensado lo peor de ella, quizá no debía importarle que la creyera capaz de compartir con él lo que acababan de compartir, mientras estaba casada con otro hombre.

Pero al instante se dio cuenta de que sí le importaba lo que él pensara porque Clint le había dado aquella noche una muestra de apasionada entrega.

– Te he hecho una pregunta, Alyssa – insistió él con la misma frialdad.

Conteniendo su propio enfado, Alyssa le sostuvo la mirada mientras sacudía la cabeza.

– No estoy casada, Clint.

– Pero lo has estado.

Alyssa se preguntó de dónde habría sacado aquella información y de no ser porque era imposible, habría asumido que Kim volvía a intervenir en su vida.

– Alyssa – insistió Clint.

Evidentemente, no estaba contestando a la velocidad que su impaciencia requería. A Alyssa no le gustaba recordar, ni mucho menos explicar, los detalles de la humillación a la que había sido sometida el día de su boda. Pensar en todos los invitados que supieron que no iba a casarse, que había sido incapaz de satisfacer a su futuro marido, de manera que éste había buscado la atención de otra mujer incluso antes de casarse..., todo ello había sido una experiencia devastadora para ella.

Consciente de que Clint esperaba una respuesta, alzó la barbilla y lo miró con ojos entornados.

– Nunca me he casado, Clint.

Notó que la rabia de Clint se diluía parcialmente, pero también vio que estaba confuso.

– ¿Y cómo explicas el artículo y la fotografía que he visto en Internet?

Así que era de ahí de donde procedía su información. Alyssa se sentó en el sofá con la mayor dignidad de que fue capaz dadas las circunstancias.

– La boda estaba fijada para esa fecha, pero no se produjo y no dio tiempo a retirar el artículo. Para ser sincera, ni siquiera recordé que debía llamar al periódico para cancelarlo. Tenía otras preocupaciones en la cabeza – explicó.

«Por ejemplo», pensó, «cómo era posible que mi prima me odiara tanto como para hacerme algo así; o cómo mi prometido se había dejado utilizar para una acción tan perversa».

– ¿Quieres decir que anulaste el compromiso el mismo día de tu boda?

Alyssa pudo notar el estupor en la voz de Clint.

– Exactamente – dijo con rotundidad.

Pero sabía que Clint necesitaba una explicación más pormenorizada de los hechos, así que comenzó a hablar y a recordar aquel espantoso día. Sus sentimientos de humillación y vergüenza no habían disminuido ni un ápice.

– Aquel día estaba en casa, preparándome para ir a la iglesia, cuando un mensajero me trajo un paquete. Contenía las fotografías de mi futuro marido en la cama con otra mujer. Las fotografías llegaron justo a tiempo para arruinar el que debía haber sido el mejor día de mi vida – concluyó.

Vio que Clint volvía a enfurecerse, pero su enfado ya no iba dirigido a ella.

– ¿Quieres decir que tu prometido se acostaba con alguien a quien tú conocías y que esa persona te envió las fotografías para herirte?

Alyssa asintió.

– Sí. Y las fotografías eran muy explícitas. Kevin ni siquiera se disculpó. Según él, debía disculpar su comportamiento porque sólo había ocurrido en una ocasión y no había significado nada.

– ¡Qué desvergüenza! – dijo Clint.

– Eso mismo dije yo – repuso Alyssa, esbozando una sonrisa.

– ¿Y qué pasó con la mujer?

– Consiguió su objetivo, que era hacerme daño y humillarme. Quería demostrar que podía arrebatarme cualquier cosa que yo considerara como mía – dijo Alyssa.

Clint frunció el ceño.

– ¡Qué mala persona! – dijo enfáticamente.

Alyssa reflexionó unos segundos.

– Al menos, conmigo lo ha sido.

Se produjo un profundo silencio durante el que Alyssa sintió que Clint la escrutaba con la mirada, y se preguntó qué estaría pensando. ¿Se compadecería de ella, como tantos otros, por no haber sido capaz de conservar a su hombre, por no haber logrado evitar que buscara a otra?

Al oír un ruido se volvió hacia él y descubrió con sorpresa que se había puesto de pie delante de ella. Alzó la mirada con expresión confundida. Clint le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie. Entonces, le rodeó la cintura con sus brazos y la estrechó contra sí.

– Siento haberte acusado sin haber contrastado antes mis datos contigo – dijo con voz ronca –. Te aseguro que no volverá a pasar – añadió, mirándola fijamente –. Además, me alegro de que no te casaras con ese tipo porque, de haberlo hecho, no

estarías ahora aquí – posó la mano en la mejilla de Alyssa y concluyó – : En cualquier caso, no te merecía.

Eso era lo que su tía Claudine le había dicho aquel día y con el paso del tiempo casi había logrado convencerla.

Conmovida por las palabras de Clint, alzó el rostro hacia él y sonrió.

–Gracias – dijo.

–No las merezco, cariño, porque es la verdad. Un hombre capaz de ser infiel a una mujer como tú no debe de estar en su sano juicio.

Alyssa se encogió de hombros.

–Tendrías que ver a la mujer implicada.

–No me hace falta. La belleza es algo superficial y un hombre de verdad lo sabe. Yo no soy de éstos a los que les impresiona una cara bonita –dijo Clint, sonriéndole–, aunque sería el primero en admitir que la tuya es preciosa –añadió con dulzura–. Vamos, te acompañaré a tu dormitorio.

Alyssa contuvo la respiración al darse cuenta de lo rápido y fácil que había sido enamorarse de Clint. Y cómo, aun sabiendo que él no sentía lo mismo por ella, lo amaba tan profundamente que casi le resultaba doloroso. Por eso sintió el impulso de demostrarle su amor de la única manera que sabía y podía, dado que el tiempo con el que contaba era muy limitado.

–No hemos acabado el juego – dijo, insinuante, pensando en los dos orgasmos que Clint le había proporcionado.

Clint le acarició los labios.

–No, pero has tenido bastante por una noche, pero volveremos a jugar, te lo prometo. Confía en mí.

Sólo entonces Alyssa fue consciente de que confiaba en él mucho más profundamente de lo que nunca hubiera llegado a imaginar.

Alyssa se despertó a la mañana siguiente asombrada por cuánto habían cambiado las cosas con Clint en sólo una noche. Estaba segura de que él seguía queriendo anular el matrimonio y que se marchara a Waco, pero también de que la deseaba como mujer.

Miró la hora y se incorporó de un salto al ver que eran casi las ocho de la mañana. Clint solía levantarse sobre las seis y aquella mañana era especialmente importante para ella verlo antes de que se fuera.

Saltó de la cama y corrió a la ducha. Mientras se enjabonaba, contempló con melancolía las marcas que la pasión de Clint le había dejado sobre la piel, en la entrepierna, en el vientre. Ninguna de ellas le importaba, pues quedarían cubiertas por la ropa. Ni siquiera las del cuello, que no podría ocultar.

A los pocos minutos acababa de vestirse, tomó aire y salió del dormitorio, rezando para que Clint no se hubiera marchado todavía.

– ¿Hay alguna razón por la que no puedas apartar los ojos de la puerta? – preguntó burlón Chester a Clint. Al no obtener respuesta, continuó –: Ya verás como entra en cualquier momento. A no ser que tu mujer tenga alguna razón para dormir hoy hasta más tarde... – bromeó.

«Tu mujer».

A Clint se le formó un nudo en el estómago al recordar que Alyssa era legalmente su esposa.

– ¿Tiene algún motivo para dormir hasta tarde, Clint?

La pregunta de Chester lo sacó de su ensimismamiento. Aun así, no se molestó en mirarlo porque no tenía la menor intención de contestarle. Sí. Alyssa tenía varias razones para dormir hasta tarde y todas ellas tenían que ver con lo que había pasado entre ellos la noche anterior. Clint notó que se endurecía y se alegró de que Chester no pudiera verlo.

– Clint, no estás contestándome.

Clint siguió con la mirada clavada en la puerta.

– Ni pienso hacerlo. ¿No tienes trabajo?

– ¿Y tú?

Clint frunció el ceño. Claro que tenía mucho trabajo y que se estaba retrasando, pero necesitaba ver a Alyssa. Había pasado la noche pensando en lo que le había contado sobre su infiel prometido y el espantoso día de su boda. Sus confesiones le habían producido tanta inquietud que le habían causado insomnio. Y una cosa y otra le habían hecho recordar la infidelidad de Chantelle y la frialdad con la que, tras comprobar que él no tenía otra aspiración que ser ranger, había decidido que no era bastante para ella y se había casado con un banquero.

Clint era un experto en traiciones. Sabía perfectamente lo que era estar enamorado, creer que la otra persona sentía lo mismo, y descubrir súbitamente que todo era un engaño.

En algún lugar de la casa se cerró una puerta y el ruido lo sobresaltó.

– ¿No tienes que llevar el desayuno a los hombres? – preguntó a Chester.

El viejo se rió quedamente.

– Ya se lo he llevado, pero si lo que quieres es que me vaya, me voy – dijo, secándose las manos en un paño de cocina. Al llegar a la puerta, se volvió y preguntó –: ¿Has pensado si vas a acudir a la fiesta de beneficencia del hospital? Este año tendrá lugar en la casa del gobernador. Se lo he recordado a Casey y ella y McKinnon van a ir. También he hablado con algunos de tus primos y han aceptado. ¿No te parece fantástico? – tras una pausa, añadió –: Todavía no he hablado con

Cole, pero al menos este año no tendrás la excusa de que no sabes con quién ir – concluyó con una risita.

Clint le lanzó una mirada envenenada y Chester salió precipitadamente. En cuanto desapareció, Clint olvidó todo lo que le había dicho y prestó atención al ruido de pisadas que se aproximaban.

Estaba ansioso por ver a Alyssa. De pronto, se abrió la puerta y allí estaba, sonriente, aún más guapa de lo que la recordaba. – Buenos días, Clint.

El se acercó a ella, la estrechó en sus brazos y dijo: – Buenos días, Alyssa – antes de besarla. No comprendía qué le estaba pasando y tampoco quería analizarlo. Sólo quería hacer lo que hacía en aquel instante: explorar la boca de Alyssa con un hambre que lo desconcertaba.

Finalmente, alzó la cabeza y miró los humedecidos labios de Alyssa. Cuando ella susurró su nombre, volvió a besarla con la pasión que lo consumía. Hacerlo le proporcionaba un placer casi doloroso.

En aquella ocasión, cuando alzó la cabeza posó un dedo en los labios de Alyssa. – Adoro besarte – susurró. Ella sonrió con dulzura. – Empiezo a creerte. Sobre todo desde anoche. Clint sonrió a su vez.

– Ven a desayunar. Chester te ha mantenido la comida caliente.

– ¿Y la tuya? – Ya he desayunado, pero me sentaré contigo.

– Vale.

Clint tomó la mano de Alyssa pensando que podría llegar a acostumbrarse a tenerla siempre cerca.

Alyssa se derretía cada vez que Clint la miraba. En un par de ocasiones había lanzado una ojeada al reloj y se dio cuenta de que, a pesar de todo el trabajo que tenía, estaba retrasándolo para pasar un rato con ella.

– He leído toda la información sobre la fundación de la carpeta – comentó –. Y se me han ocurrido algunas ideas que me gustaría contrastar contigo. A no ser que lo de hacer una página Web fuera sólo una broma, claro.

Clint bebió café sin apartar la mirada de ella.

– Hablaba completamente en serio. Hasta se lo he dicho a Casey.

Alyssa arqueó una ceja.

– ¿De verdad?

Clint se rió.

– Sí. YO soy el presidente y director ejecutivo de un consejo administrativo constituido por Casey y Cole. Hemos contratado a varios trabajadores para trasladar caballos y queremos concienciar a la gente sobre la causa de los caballos salvajes – dijo.

Alyssa asintió.

– Es evidente que os encantan los caballos.

– Los adoramos – dijo Clint sonriendo –. Y, hablando de caballos... quiero que acabes de trabajar para las tres.

Alyssa lo miró sorprendida.

– ¿Por qué?

– Porque vas a montar – dijo él.

– Ya te he dicho que preferiría no hacerlo – dijo ella con gesto de preocupación.

– Y no lo he olvidado. Pero montar a caballo es como montar en bicicleta: si te caes, te levantas y vuelves a intentarlo.

– ¿Aun cuando te rompas un brazo en la caída?

– Sí, aunque te rompas el brazo. ¿Cuántos años tenías cuando pasó eso?

– Diez.

– ¿Diez? Pues ha llegado la hora de que superes tus miedos. Así que... ¿tenemos una cita a las tres?

– Está bien. Quedamos a las tres – dijo Alyssa, sonriendo.

## *Capítulo Doce*

Alyssa tomó aire antes de salir al porche. Como el día anterior, Clint la esperaba, pero subido a lomos de un caballo. Un enorme y precioso semental de aspecto amenazador.

– No te va a morder – dijo Clint. Alyssa lo miró con desconfianza.

– ¿Estás seguro?

– Desde luego. No permitiría que corrieras ningún riesgo. He pensado que debías empezar con seguridad, así que hoy vas a montar conmigo. Royal puede con los dos.

– ¿Royal?

– Sí. Es el primer semental que trajimos de Nevada el año pasado. Era salvaje y fiero.

Alyssa sonrió.

– Y tú lo domaste, claro.

– Así es. Y desde entonces ha sido mi caballo – dijo Clint con orgullo.

Alyssa miró a Clint y al caballo alternativamente.

– Es evidente que haces muy bien tu trabajo.

– No soy perfecto, pero gracias de todas formas – dijo él–. Ven hasta aquí para que pueda alzarte.

Alyssa evitó mirar al caballo para no acobardarse y obedeció a Clint. Cuando éste pudo alcanzarla, la subió sobre el caballo, detrás de él. Alyssa se abrazó a su cintura. Clint se giró.

– ¿Estas lista?

– Dentro de lo posible... ¿Prometes que no voy a caerme?

Clint sonrió.

– Lo prometo.

Tranquilizada con la respuesta, Alyssa apoyó la cabeza en la espalda de Clint.

– Entonces, sí, estoy preparada – dijo, esforzándose por sonar valiente.

Y así permaneció mientras Clint arrancaba al trote y al llegar a campo abierto, rompía al galope.

A Clint le encantaba sentir a Alyssa a su espalda. La llevaba a su sitio favorito del rancho porque quería compartirlo con ella.

—¿Estas bien? —preguntó. Alyssa no había abierto la boca desde que se habían puesto en marcha.

En lugar de responder, Alyssa se asió a él con más fuerza. Clint podía sentir sus pezones endurecidos contra su espalda. Se notaba que no llevaba sujetador y la sensación era muy agradable. Sus muslos se cerraban sobre los de él con el esfuerzo de agarrarse al caballo, y lo excitaban.

—Perfectamente —dijo finalmente—. ¿Dónde vamos?

—Ya lo verás —dijo él—. No tardaremos en llegar.

Como si la respuesta fuera reconfortante, Alyssa se acomodó a la espalda de Clint y juntos, cabalgaron contra el viento.

Pronto, llegaron a los pastos de la cordillera sur y Clint detuvo el caballo junto a un bosquecillo de robles. Desmontó, tomó las riendas y las ató alrededor de un tronco. Luego, miró a Alyssa, que seguía montada, y la encontró espectacular. Al instante, la sangre se le agolpó en la entrepierna. Alzó los brazos para ayudarla a desmontar. En cuanto sus cuerpos entraron en contacto, sintió que se abrasaba y quiso besarla allí mismo, bajo el inmenso cielo azul.

Y eso hizo.

Se apoderó de su boca con la misma ansiedad con la que siempre lo hacía, y Alyssa le ofreció su lengua instantáneamente, que él tomó con avaricia. El sonido de sus gemidos acrecentó su excitación. El beso se prolongó y Alyssa concentró toda su energía en él.

Clint alzó la cabeza para resistir la tentación de ir más allá. Ésa no había sido su intención inicial. Quería mostrarle algo, compartirlo con ella.

—Ven aquí —dijo, tomándola de la mano y guiándola hacia el barranco desde el que se divisaba el valle.

Alyssa siguió la mirada de Clint y descubrió miles de caballos salvajes galopando en libertad.

—Clint, es maravilloso —dijo.

Él la miró.

—La otra noche, cuando dormías y yo encendí el ordenador, encontré varias fundaciones similares a la mía. No somos los únicos que quieren salvar a los caballos.

Desde el valle llegó un sonido que reclamó su atención. Al mirar, Alyssa vio dos caballos que parecían pelear.

—Los sementales pelean constantemente para mantener el poder sobre la manada —explicó Clint Dos sementales se coceaban y se mordían—. Reúnen a yeguas en grupos que consideran de su posesión —se rió antes de añadir—: Diríamos que tienen un harem y deben defenderlo de otros sementales que intentan robárselo.

—¿Y cada manada sólo consta de un semental y varias yeguas? —preguntó Alyssa, fascinada por la información.

– Durante un tiempo – respondió Clint –, Una vez las yeguas dan a luz, los potros se unen a la manada. Pero en cuanto crecen, el líder de la manada los echa.

– ¿Y qué hacen entonces?

– Normalmente se reúnen en una manada de sementales solteros – dijo Clint, sonriendo –. Suelen llevarse bien hasta que despiertan sexualmente y empiezan a perseguir yeguas. Es entonces cuando empiezan las peleas.

– Está claro que la sexualidad puede llegar a convertirse en un problema – dijo Alyssa, sonriendo a su vez.

– Así es – dijo Clint, y la atrajo hacia sí para hacerle notar cuánto la deseaba –. ¿Quieres que esta noche juguemos otra partida de *Jugar con fuego*? – preguntó con voz ronca.

Alyssa sonrió con picardía.

– No me lo perdería por nada del mundo.

Cuando llegaron al rancho, uno de los hombres de Clint salió a su encuentro para decirles que un vaquero había sufrido un accidente y había sido conducido al hospital. Clint entró en acción al instante, dijo a Alyssa que la llamaría más tarde y se marchó.

Mientras esperaba a que Clint volviera, Alyssa intentó trabajar e hizo una lista de sugerencias para la página Web de la fundación de los Westmoreland.

Varias horas después, se levantó del asiento y se estiró. Eran casi las nueve y Clint ni había vuelto ni había llamado.

Al oír el timbre de su móvil se sobresaltó. Cuando vio que se trataba de su tía Claudine, y no de Kim, sonrió aliviada.

– ¿Tía Claudine? ¿Qué tal estás?

No habían hablado desde hacía un par de días, así que charlaron prolongadamente. Una vez colgó, Alyssa decidió darse un placentero baño.

Un rato más tarde, ya con la camiseta que usaba como camisón, recordó lo que Clint le había dicho en una ocasión: «Sé cuáles son los límites a los que me he comprometido. Sólo tú puedes cambiarlos. Y si decides hacerlo, ya sabes dónde está mi dormitorio. Serás bienvenida siempre que quieras».

Clint la había invitado a visitarlo y Alyssa decidió aceptar la invitación. Salió de su dormitorio y recorrió el largo pasillo que conducía hasta el dormitorio de Clint.

Cuando llegara, la encontraría en su cama.

\*\*\*

Clint entró en su casa pensando que las sillas de los hospitales eran espantosas para la espalda. Pero al menos tenía la tranquilidad de que Frankie se repondría. Era un muchacho fuerte. En cuanto supo que su hombre no corría peligro, dejó que su mente volviera a Alyssa.

Confiaba en que se hubiera acostado en lugar de esperarlo despierta. Llevaba en la mano una gran bolsa y sonrió. Al ver la tienda del hospital había recordado que al día siguiente era San Valentín y aunque llevaba años sin comprarle nada a una mujer, no había podido resistirse a hacerlo para Alyssa.

Entró en su dormitorio para darse una ducha. En cuanto abrió la puerta notó el aire perfumado por la fragancia de Alyssa. La luz de la mesilla iluminaba suavemente la cama y Clint miró expectante en esa dirección. En cuanto la vio acurrucada en su cama, se quedó sin aliento.

Dejó la bolsa sobre una silla y entró en el cuarto de baño. Alyssa necesitaba descansar lo más posible en los siguientes minutos, porque él tenía la intención de mantenerla despierta el resto de la noche.

Alyssa estaba soñando con que Clint le acariciaba el vientre al tiempo que la besaba. No quería despertar. No quería que aquel sueño terminara.

— Alyssa.

Podía oír su voz llamándola. Los sueños a veces resultaban tan reales...

— Despierta, cariño, te deseo.

Y de pronto Alyssa se dio cuenta de que no se trataba de un sueño. Sintió su cálido aliento acariciarle los labios y se obligó a abrir los ojos. Clint la miraba fijamente.

— ¡Ya estás en casa! — musitó soñolienta.

— Sí, ya estoy en casa — dijo él.

Y la besó con una intensidad que sacudió a Alyssa hasta el centro de su ser, logrando que se humedecieran sus partes más íntimas y despertando en ella un hambre tan acuciante como la que le había hecho sentir la noche anterior. Con los sentidos a flor de piel y un calor que la recorría de arriba abajo, se dispuso a gozar de aquella sensual tortura.

Entonces, Clint separó sus labios de los de ella y comenzó el mismo recorrido que había trazado la noche anterior y que conocía tan bien. Primero, lamió la línea de su clavícula y sus senos. Luego bajó por su vientre y Alyssa tuvo que morderse los labios para contener sus gemidos, aunque el esfuerzo fue inútil. Y cuando la punta de la lengua de Clint comenzó a acariciar con avaricia la esencia de su feminidad, alzó las caderas del colchón al tiempo que gritaba su nombre.

— ¡Clint!

Entonces sintió que Clint le separaba los muslos y notó su peso sobre ella, unos segundos antes de que, de un solo y decidido empuje, la penetrara, haciéndola estallar en un violento clímax sin dejar de mecerse en su interior hasta que la arrastró hasta otro.

Como si no le bastara con eso, como si no se saciara de ella, Clint la penetró más y más profundamente. Y cuanto más se adentraba en ella, más dentro quería sentirlo Alyssa. Con sus uñas arañaba su espalda, sus jadeos lo estimulaban. Hasta que súbitamente, Clint dejó escapar un gemido y gritó su nombre, al tiempo que la tensión volvía a incrementarse en el interior de Alyssa y ambos estallaban al unísono.

Cuando las contracciones empezaban a remitir, Clint la cobijó en sus brazos y la besó con ternura.

Alyssa acababa de experimentar lo que era consumirse de pasión, sentirse atrapada por las garras del deseo y finalmente, dejarse arrastrar por la gloriosa sensación de compartir el éxtasis con un hombre. La experiencia era tan excepcional que estaba segura de que sólo sería posible alcanzar aquel grado de satisfacción con Clint.

Alyssa abrió los ojos a la mañana siguiente cerca de las nueve y sonrió al darse cuenta de que estaba en la cama de Clint y todo lo que había sucedido en ella. Sólo recordarlo le hizo estremecer. Afortunadamente, Clint había sido más responsable que ella y había usado preservativos. Habían hecho el amor varias veces a lo largo de la noche, y cada vez que ella había llegado al orgasmo, él la había acompañado.

Permaneció echada unos minutos pensando que Clint ya se habría marchado a trabajar y que ya no lo vería hasta la tarde.

Se levantó decidida a mantenerse ocupada todo el día y su mirada se posó en una gran bolsa que estaba encima de la cómoda con su nombre. Cruzó la habitación y leyó la tarjeta emocionada:

*¿Quieres ser mi Valentina? Clint.*

Sólo entonces recordó que era el día de San Valentín. Hacía años que no lo celebraba porque Kevin excusaba su falta de interés aduciendo que no era más que un día para consumistas crédulos.

Alyssa sonrió, conmovida por el detalle de Clint. Luego, miró en la bolsa y su sonrisa se hizo aún más amplia al ver que contenía una caja de bombones y una gran camiseta en la que se podía leer: *Me gusta jugar con fuego.*

Volvió a leer la tarjeta y se dijo que sí quería ser su Valentina, y que liaría lo posible para conseguir que él fuera su Valentín.

Eran casi las diez cuando Clint volvió al rancho. Suponía que Alyssa estaría dormida y se preguntó si la encontraría en su cama. También tenía curiosidad por saber si le había gustado el regalo. Sentía emociones encontradas. Inicialmente, había

decidido resistirse a la tentación que Alyssa representaba, pero había acabado por convertirse en una tentación a la que no quería resistirse.

Abrió la puerta de su dormitorio y se sintió desilusionado al encontrar la cama vacía, pero cuando vio que había una nota sobre la almohada, se le aceleró el pulso. Decía:

*Claro que quiero ser tu Valentina.*

*Ven a mí. Te espero.*

Clint se quedó pegado al suelo leyendo y releendo el mensaje con incredulidad hasta que, súbitamente, sintió una sed insaciable que sólo Alyssa podría aliviar. Se dio una rápida ducha para acudir junto a ella.

Alyssa oyó una suave llamada a la puerta y, con el corazón acelerado, miró a su alrededor confiando en no haber puesto un exceso de velas. Confiaba en que a Clint le gustaran tanto como a ella. Luego, deslizó la mirada por su cuerpo. Clint ya la había visto suficientes veces en camiseta y aquella noche había decidido ponerse algo distinto. Por la tarde, había comprado un conjunto picante con el que confiaba en añadir un nuevo componente a sus encuentros. Quería que aquella noche fuera especial.

Conteniendo el aliento, fue hasta la puerta y la abrió lentamente. Allí estaba Clint. En cuanto la vio, sus ojos centellearon, dejando saber a Alyssa que su conjunto había sido un éxito. Estaban a punto de jugar con fuego una vez más.

«Dios mío», pensó Clint mientras se quedaba paralizado contemplando a Alyssa. Estaba empaquetada como si se tratara de un regalo, en rojo brillante con un gran lazo blanco. ¿Cómo habría logrado ponerse algo así?

Alyssa pareció leer sus pensamientos.

—No ha sido tan difícil —comentó—. Pero la única manera de quitármelo es que tú deshagas el paquete.

Clint pensó que estaría encantado. No podía pensar en nada más apetecible que desempaquetar a Alyssa, y, sobre todo, quitar el lazo que tapaba su feminidad. Ése era un reto al que estaba dispuesto a someterse sin pestañear.

Entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Sólo entonces apartó unos segundos la mirada de Alyssa y vio las velas y oyó la música que se oía de fondo. Entonces volvió a mirarla, la atrajo hacia sí y empezó a tirar del lazo. Para cuando acabó y el último trozo del envoltorio cayó al suelo, estaba tan excitado que sabía que no llegaría hasta la cama. Se bajó la cremallera y sacó su sexo erecto. Igual que la noche anterior, estaba preparado. No quería correr riesgos y, consciente del ímpetu con el que deseaba a Alyssa, se había puesto un preservativo.

La tomó en brazos y la penetró con decisión. Hacía años que no hacía el amor con una mujer de pie, pero aquella noche no tenía otra alternativa. Deseaba a Alyssa ya.

La apoyó en la pared y ella le rodeó la cintura con las piernas, basculando la ingle para facilitarle la penetración.

—Eres un regalo exquisito, cariño —musitó él, al tiempo que empezaba a mecerse en su interior.

En unos segundos, sintió que Alyssa se deshacía en sus brazos y él dio el salto con ella, ahogándose en las olas del éxtasis mientras susurraba su nombre. Alyssa se asió a él con fuerza y Clint, con las piernas temblorosas, supo que ya no aguantaría más de pie.

—A la cama —dijo, notando que volvía a endurecerse. Cada nervio, cada célula de su cuerpo parecía despertar al tacto de Alyssa, a su aroma.

Sus sentidos se vieron invadidos súbitamente por una emoción que se negó a aceptar. Y mientras cruzaba la habitación con ella en brazos, fue consciente de que se encontraban en una cuenta atrás y que debían aprovechar los preciosos momentos que les quedaban juntos.

## Capítulo Trece

Los días pasaban tan deprisa que Alyssa hubiera querido ralentizarlos, pero, por otra parte, ansiaba la llegada de cada noche para volver a los brazos de Clint. Ninguno de los dos hablaba sobre el poco tiempo que les quedaba. En menos de una semana, se separarían.

Todo el mundo esperaba expectante la llegada de la hermana de Clint y de su marido, y Chester llevaba varios días preparando sus comidas favoritas.

—Casey te va a gustar —le dijo a Alyssa una mañana—. Fue muy afortunada encontrando a McKinnon. La ha hecho verdaderamente feliz.

Alyssa no pudo evitar sentir una punzada de envidia al pensar que ella no tendría la fortuna de pasar el resto de su vida con el hombre al que amaba. Aun así, había acumulado los suficientes recuerdos como para sobrevivir.

Sonrió al pensar en Clint y en la firmeza con la que le había exigido que permaneciera en su cama cuando llegaran su hermana y sus demás familiares, incluidos su padre y su madrastra. Todos ellos iban a acudir al baile de gala organizado en la casa del gobernador.

Alyssa sabía que Cole y Casey conocían las circunstancias por las que se hallaba en el rancho, pero no estaba segura de si los demás estaban informados. En cualquier caso, había decidido no preocuparse por ello. Después de todo, a nadie le incumbía que mantuvieran un affaire. De hecho, y aunque fuera extraño, eran un matrimonio de amantes.

Y con el tiempo, incluso estaban convirtiéndose en amigos. Cumpliendo su promesa, Clint la llevaba a montar cada día y poco a poco estaba consiguiendo que perdiera el miedo a los caballos... siempre que él estuviera cerca.

Lanzó una mirada hacia la carpeta que tenía encima del escritorio. Había acabado la propuesta para la página de la fundación que quería presentar a Clint y a sus hermanos.

Si la aceptaban, Clint y ella tendrían que mantenerse en contacto hasta concluir el proyecto. Una vez la página estuviera lista, ella tendría que ocuparse de actualizarla. Era un servicio que ofertaba a todos sus clientes.

La idea de mantener una relación meramente profesional con él le resultaba perturbadora, pues sabía que era una vía abierta al dolor. Más tarde o más temprano, Clint saldría con otras mujeres y eso le rompería el corazón. También cabía la posibilidad de que permaneciera soltero, como su tío Sid, aunque Chester aseguraba que éste había recibido una carta de una mujer anunciándole que era padre de un hijo.

—¿Alyssa?

Al oír su nombre, Alyssa se sobresaltó y tardó unos segundos en darse cuenta de que la llamaban por el interfono. Se trataba de Clint. Se puso en pie y apretó el botón.

– ¿Sí?

– ¿Dónde estás?

Alyssa sonrió.

– En tu despacho. ¿Por qué?

– Estoy en el salón. Quiero presentarte a mi hermana y a mi cuñado – dijo Clint.

Alyssa sintió un nudo en la garganta. Conocer a la familia de Clint le ponía nerviosa, pero sabía que no podía esconderse.

– Voy para allá.

No transcurrieron ni veinticuatro horas antes de que Alyssa decidiera que Casey era fantástica. Y McKinnon, además de ser espectacularmente guapo, era encantador. Hacían una magnífica pareja y era evidente que estaban muy enamorados.

– Tenemos que ir de compras – le dijo Casey al día siguiente por la mañana.

– ¿Sí? – preguntó Alyssa, sonriendo.

– Sí. Ayer dijiste que no tenías nada que ponerte para el baile y yo tampoco. Además, así podré pasar un rato contigo sin que Clint nos atosigue. Se comporta como si temiera que fuera a revelarte un oscuro secreto familiar. Te cuida como si fueras de cristal. ¡Menos mal que ya estáis casados!

Alyssa frunció el ceño. Estaba segura de que Casey sabía que no se trataba más que de una situación transitoria. El teléfono de Casey interrumpió sus pensamientos.

– Perdona, Alyssa.

Alyssa fue a servirse más café mientras Casey hablaba por teléfono. Clint y McKinnon habían dejado el rancho a primera hora y no volverían hasta la noche.

– ¡Fantástico! Era Spencer – explicó Casey al colgar –. Él y Chardonnay acaban de llegar al aeropuerto. Estarán en el rancho en menos de una hora.

Alyssa enarcó una ceja.

– ¿Chardonnay?

Casey sonrió.

– Sí, se llama así. Su familia poseía viñedos en California y su padre le puso el nombre de su vino favorito.

– Ah.

– Podemos esperarle e ir con ella de compras – dijo Casey.

Alyssa se animó a preguntar:

– ¿Sabes quién más viene?

– ¿De compras con nosotras?

Alyssa sacudió la cabeza.

– No, al rancho, para la fiesta del gobernador.

Casey la miró desconcertada.

– ¿No te lo ha dicho Clint?

– Bueno, ha dicho que vendrían varios familiares, pero no me ha especificado quiénes. Supongo que se lo dijo a Chester para que preparara las habitaciones.

Casey frunció el ceño.

– No basta con que se lo dijera a Chester. Tú eres la señora de la casa y es a ti a quien debería habérselo dicho. Los hombres pueden ser verdaderamente torpes – dijo Casey.

Alyssa dedujo que Casey no sabía las circunstancias concretas de su relación con Clint.

– No se trata de torpeza – dijo, saliendo en defensa de Clint –, sino de que no me considera la señora de la casa.

Casey arqueó una ceja.

– ¿Y por qué no?

Alyssa suspiró. Si Clint no se lo había contado, no estaba segura de que le correspondiera a ella hacerlo. Como no encontró las palabras apropiadas, se encogió de hombros.

– Porque no. – se limitó a decir, sonriendo.

Casey la estudió durante unos segundos como si tratara de interpretar lo que acababa de decir. Finalmente, esbozó una sonrisa.

– Ah, ¿Te refieres a ese asunto de los treinta días y a lo de tener que vivir bajo el mismo techo?

Alyssa asintió, aliviada de que Clint sí se lo hubiera contado.

Casey dejó escapar una risita antes de beber un sorbo de café.

– Si yo fuera tú, no me preocuparía por eso. Te aseguro que Clint piensa conservarte a su lado – dijo con convicción.

– Te equivocas – dijo Alyssa en el mismo tono.

Casey se rió.

– Creo que eres tú quien se equivoca. Lo peor de algunos hombres es que además de torpes, pueden ser lentos. Ese es el caso de Clint. Seguro que ni siquiera es consciente de lo que piensa hacer, el pobrecito.

Alyssa se quedó mirando a Casey preguntándose cómo podía estar tan segura de lo que decía y concluyó que se debía al propio estado de felicidad en el que vivía y que le hacía querer lo mismo para los demás. En cualquier caso, decidió no discutir con ella y dejar que se siguiera engañando. Bastaba con que ella fuera consciente del acuerdo que había alcanzado con Clint.

Al final de los treinta días, haría sus maletas y se marcharía.

Dos noches después, Alyssa yacía desvelada en brazos de Clint.

Los invitados que acudirían al día siguiente al baile habían llegado, y habían resultado ser encantadores y amables. La casa estaba llena y, aunque no lo había dicho expresamente, Clint esperaba que ella actuara como anfitriona, y ella había aceptado el papel sin ninguna dificultad. La había presentado como Alyssa, sin añadir apellido o especificar qué relación los unía, así que, dado que no llevaba alianza y que compartían cama, asumió que todos la consideraban su amante.

Pero lo más desconcertante era que cuando hablaban de ella en su presencia y en la de Clint se referían a ella como su esposa y él no los corregía.

Quizá no le importaba porque en menos de una semana se habría marchado y no tendría ninguna necesidad de dar explicaciones.

«Menos de una semana».

La idea de volver a Waco la deprimía. Se encontraba a gusto con Chester y con los hombres de Clint. Y le encantaba su familia, tan distinta a la de ella. Incluso el padre de Clint, Corey, y su mujer, Abby, eran maravillosos. Era una familia en la que el amor y la proximidad emocional se palpaban, dos características ausentes en la de ella.

– Alyssa.

Clint susurró su nombre en sueños y ella se arrebujó en su costado. ¡Cuánto iba a echar de menos acostarse con él cada noche y despertar haciendo el amor cada mañana! Pero como se solía decir: todo lo bueno llegaba a su fin.

En cuanto la familia de Clint se marchara, empezaría a distanciarse de él para intentar mitigar el dolor que inevitablemente sentiría cuando él la llevara al aeropuerto.

Alyssa abarcó el gran salón con la mirada. Chester tenía razón. Había acudido toda la gente conocida de Texas. Hasta se rumoreaba que el presidente y la primera dama harían una visita relámpago a la casa del gobernador.

Alyssa se había quedado muda cuando, al llegar, Clint la presentó como su esposa a sus anfitriones, y asumió que lo hacía para evitarle una situación embarazosa.

Hasta ese momento, nadie había manifestado ninguna sorpresa por el hecho de que se hubiera casado tan súbitamente. Y en más de una ocasión, había tenido que morderse la lengua para no corregir a aquéllos que la llamaban señora de Westmoreland.

Otra de las observaciones que había hecho era que los Westmoreland se movían en manada, formando un círculo llamativo. Los hombres se parecían mucho entre sí, altos y guapos. Y las mujeres, hermanas, primas y esposas, eran todas de una impactante belleza. Formaban parejas espectaculares. Asistían el primo de Clint, Jared, y su esposa, Dana; su primo Storm con su esposa, Jayla; Spencer y Chardonnay; Dare y Shelly, Thorn y Tara.

El grupo incluía al hermano de Clint, Cole, que no se había molestado en llevar acompañante, su primo Reggie, que también estaba solo; Casey y McKinnon, y Corey, el padre de Clint, y su esposa, Abby.

En definitiva, eran un grupo imponente y Thorn, que era conocido en todo el país por las motocicletas que fabricaba y conducía, tuvo que firmar numerosos autógrafos.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

Alyssa alzó la mirada hacia el hombre alto y guapo que no se había separado de ella en toda la velada.

—Sí — dijo ella, sonriendo —. Gracias.

Y aunque Clint no lo hubiera expresado con palabras, su mirada había sido lo bastante expresiva cuando la había visto con el vestido negro, corto y ceñido, que Casey le había animado a comprar, y que, si Alyssa no se equivocaba, estaba deseando quitarle en cuanto se quedaran a solas.

—¡Vaya, vaya, no puedo creerlo! ¿Qué haces aquí, Alyssa?

El sonido de aquella voz hizo que a Alyssa se le formara un nudo en el estómago. Se giró y disimuló su turbación al ver a Kim junto a Kevin. Su prima se pegaba a éste como si quisiera dejar patente que formaban una pareja.

—Kim, Kevin, ¿cómo estáis? —saludó Alyssa cuando consiguió articular palabra—. Me alegro de veros. Supongo que estoy aquí por la misma razón que vosotros: apoyar el hospital de niños.

—Como si pudieras permitirte... —dijo Kim en tono despectivo y elevando la voz para que pudieran oírla—. La tía Claudine asegura que te has ido de Waco para trabajar con un cliente, pero yo estaba segura de que habías huido para recuperarte de que yo te hubiera arrebatado a Kevin.

Alyssa sabía que Kim intentaba avergonzarla delante de la gente y en parte lo estaba consiguiendo. Le resultaba humillante que su vida privada estuviera siendo aireada en público, y más específicamente, delante de los Westmoreland.

Pero en ese momento, notó que Clint se había acercado a ella y rodeaba su cintura con el brazo. Por el rabillo del ojo, vio que los demás miembros de la familia también se habían aproximado.

– Alyssa, por favor, preséntame a tus amigos – dijo Clint.

Sólo alguien que lo conociera tan bien como Alyssa habría notado el timbre amenazador que teñía el tono de su voz. No había apartado sus ojos de Kim y de Kevin, y su mirada reflejaba la misma animadversión.

Alyssa carraspeó.

– Clint, éstos son Kim y Kevin. Kim y yo somos primas. Kim, Kevin, os presento a Clint Westmoreland.

Sólo entonces Clint la miró y Alyssa supo que era muy consciente de quiénes eran.

Kim, que nunca dejaba escapar la oportunidad de coquetear con un hombre guapo, sonrió a Clint con dulzura.

– ¿Así que tú eres el cliente con el que Alyssa está trabajando?

Clint sonrió forzosamente antes de decir:

– No, no soy cliente de Alyssa – dijo con voz clara y firme – . Soy su marido.

## Capítulo Catorce

Alyssa pensó que nunca olvidaría la cara que se le puso a Kim ante la noticia de Clint. Kevin había sido el primero en recuperar la palabra para disculpar el comportamiento de Kim. Sin esperar a escucharle, Clint había tomado a Alyssa de la mano y la había llevado junto a los demás Westmoreland. Al final, la humillación la habían sufrido ellos.

Clint y Alyssa habían vuelto a casa hacía varias horas. Ni Clint ni ninguno de sus parientes había mencionado el incidente, pero Alyssa suponía que Clint querría hablar de ello en algún momento.

Alyssa estaba en la cama mientras Clint y sus primos jugaban a las cartas. Aunque estaba cansada y soñolienta, quería mantenerse despierta y darle una explicación que justificara el comportamiento de Kim, aunque no había excusa posible para su grosería.

Un rato más tarde, Alyssa miró hacia la puerta cuando oyó girarse el picaporte. Clint entró y se quedó apoyado en la puerta. Alyssa sentía la necesidad de disculparse porque, indirectamente, Kim había humillado a Clint y a su familia.

Clint se limitó a mirarla en silencio. No se había mostrado enfadado con ella en ningún momento, pero Alyssa sospechaba que había contenido su enfado y que en aquel momento le expresaría su irritación.

– ¿Por qué no me lo has contado todo? – preguntó finalmente.

Alyssa suspiró.

– No pensaba que fuera a hacer falta. No me siento particularmente orgullosa de mi familia.

Clint se sentó al borde de la cama.

– ¿Por qué te odia Kim?

– Porque fue el centro de atención hasta que yo aparecí. Y cuando más tarde descubrimos que mi abuelo era en realidad mi padre...

– ¿Qué? – la interrumpió Clint, atónito –. ¿Cómo que tu abuelo era tu padre?

Alyssa había decidido contárselo todo.

– Lo confesó en el lecho de muerte. Hasta entonces, siempre pensé que era la hija ilegítima de su difunto hijo, que había muerto en una misión con los rangers – hizo una pausa antes de continuar –: Según tengo entendido, mi abuela murió dejando a mi abuelo con dos niños pequeños, Todd y el padre de Kim, Jessie. Cuando Todd fue asesinado, el abuelo sufrió una depresión y se entregó a la bebida. Una noche, tuvo un affaire con mi madre, que trabajaba de camarera. Cuando le dijo al abuelo que estaba embarazada, él se comprometió a pasarle una asignación. Luego, ella me mandó a vivir con él, y decidieron contar que era hija de Todd. La única persona que sabía la verdad era la tía Claudine.

Clint asintió.

—¿Por qué te abandonó tu madre?

Alyssa suspiró una vez más.

—Porque descubrió que su nuevo novio me hacía insinuaciones.

Vio que la expresión de Clint se endurecía.

—¿Y se ha puesto en contacto contigo alguna vez?

—No. Y según la tía Claudine, nunca ha escrito ni ha preguntado por mí. Nunca le he importado —concluyó Alyssa con tristeza.

Siempre que pensaba en su madre le entraba una profunda melancolía y, sin que lo notara, sus ojos se inundaron de lágrimas. Clint le secó la mejilla.

—Ésta ha sido una noche llena de acontecimientos —dijo con dulzura—. Vamos, échate y descansa.

Alyssa asintió, aunque no estaba segura de cómo interpretar la actitud de Clint. Sin quitarse la ropa, él se echó sobre la cama y la estrechó contra su costado, donde Alyssa descansó hasta quedarse dormida.

A la mañana siguiente, Alyssa se despertó sola y lo primero que se preguntó fue qué pensarían los Westmoreland, especialmente Clint. Aquélla era la primera mañana que no la despertaba haciéndole el amor.

Se duchó y vistió sin poder apartar ese pensamiento de su mente. Al abrir la puerta, encontró a Clint apoyado en la pared opuesta del pasillo, esperándola.

—Buenos días —dijo.

Y la sonrisa que acompañó a su saludo hizo que Alyssa se derritiera.

—Buenos días —replicó al tiempo que intentaba adivinar su estado de ánimo por la expresión de su rostro.

—Sé que todavía no has desayunado, pero me preguntaba si querías venir a montar conmigo. No tardaremos mucho, te lo prometo.

—Claro —dijo ella encogiéndose de hombros. Atravesaron la casa, extrañamente silenciosa para estar ocupada por tanta gente que, además, solía levantarse temprano.

—¿Dónde están todos?

—Durmiendo —dijo Clint.

Fuera, les esperaban dos caballos, Sunshine, la dócil yegua que Clint había asignado a Alyssa, y Royal. Alyssa miró a Clint.

—¿Dónde vamos?

—A la cordillera sur —dijo él en tono críptico.

Alyssa asintió. Hacía tiempo que no iban a aquella zona. Cabalgaron en silencio, disfrutando de la preciosa mañana. Al cabo de un rato, Clint detuvo a Royal.

– Éste es un buen lugar – dijo.

«¿Para qué?», se preguntó Alyssa. «¿Para pedirme que abandone el rancho? ¿Habrá decidido que es mejor olvidar la anulación y que prefiere un divorcio inmediato?».

Observó a Clint desmontar y lo imitó, antes de atar a Sunshine al tronco de un árbol.

– Ven – dijo Clint. Y le tendió la mano –. Demos un paseo mientras charlamos.

Alyssa retiró la mano y dijo:

– No hace falta que hablemos, sé lo que quieres.

Clint la miró desconcertado.

– ¿De verdad?

– Sí.

– ¿Y qué crees que quiero? – preguntó Clint, apoyándose en un árbol.

– Quieres solicitar el divorcio y olvidarte de la anulación.

Clint se quedó perplejo. Lo que Alyssa acababa de decir estaba lejos de ser la verdad. El incidente de la noche anterior le había abierto los ojos. Los insultos de Kim habían disparado su instinto protector y en ese mismo instante se había dado cuenta de que quería proteger a Alyssa de todo dolor y de todo peligro. Pero algo más había despertado en él: su corazón. De pronto se había dado cuenta de que si Alyssa le importaba tanto era porque la amaba, que quería estar siempre a su lado para protegerla de gente como Kim y Kevin. Y no se trataba de una cuestión de deseo físico, tal y como había asumido inicialmente. Lo que sentía por Alyssa era amor, y la idea de que fuera a marcharse a la semana siguiente le resultaba inconcebible. Por eso quería dejarle saber lo antes posible que no pensaba consentirlo.

– No va a haber ni divorcio ni anulación, Alyssa – dijo, dando un paso hacia ella.

– ¿Qué quieres decir?

Sonriendo, Clint sacó del bolsillo una pequeña caja en la que había un precioso anillo de boda.

– Quiero decir que me gustaría casarme contigo de nuevo, pero esta vez de verdad. Y puesto que, según la ley, ya somos marido y mujer, te propongo que renovemos nuestros votos – puso una rodilla en tierra y alzando la mirada, continuó –: Alyssa, ¿quieres seguir siendo mi mujer hasta que la muerte nos separe?

Alyssa se había quedado sin habla y sus mejillas estaban humedecidas por las lágrimas. Clint le colocó el anillo en el dedo.

– Pero... pero no puede ser que quieras seguir casado conmigo – balbuceó –, no me amas.

Contento de que el anillo le quedara perfecto, Clint se puso en pie sin dejar de sonreír.

— En eso te equivocas. Te amo. Creo que me enamoré de ti la primera vez que jugamos a nuestro juego.

— ¡Oh, Clint! — exclamó ella entre lágrimas.

Él la atrajo hacia sí.

— ¿He de tomarme eso como un «sí»?

Alyssa se separó lo bastante como para mirarle a la cara.

— Claro que sí, Clint, me casaré contigo tantas veces como quieras.

— Gracias, mi amor — dijo él. Y la besó apasionadamente. Pero, antes de dejarse llevar, recordó que tenía que decirle otra cosa —: ¿Recuerdas que al irnos de casa has preguntado que dónde estaba todo el mundo?

— Sí. Y me has dicho que dormían.

— Te he mentado.

Alyssa lo miró desconcertada.

— ¿Dónde están?

— En el cobertizo, encargándose de los preparativos — al ver que Alyssa seguía sin comprender, decidió explicarse —. Anoche les dije que planeaba casarme contigo hoy. Abby sugirió que, aprovechando su visita, renováramos nuestros votos con una pequeña fiesta. En el futuro, podemos celebrarlo en Montana, con el resto de la familia — concluyó.

Alyssa no daba crédito a lo que oía.

— ¿De verdad que tu familia quiere hacer todo eso por mí?

— Por los dos, porque saben cuánto te quiero. De hecho, se dieron cuenta antes que yo mismo. Ellos ya han pasado por la experiencia de amar a alguien antes de que tu corazón esté dispuesto a admitirlo — dijo Clint, besándola una vez más.

Y cuando Alyssa se abrazó a su cuello, tuvo la certeza de que en aquella ocasión, su matrimonio iba a durar para siempre.

## *Epílogo*

—Tú lo sabías —dijo Alyssa a Casey en tono acusador al tiempo que se miraba en el espejo.

Casey se rió.

—No es verdad, pero conozco a mi hermano y supuse que era mejor que estuvieras preparada. Ya te advertí que era un poco lento. Y puesto que estábamos de compras, me pareció una buena idea que compraras otro vestido.

Alyssa sacudió la cabeza. Después de probarse varios vestidos para la fiesta, Casey le había convencido de que comprara los dos que más le gustaban. El que llevaba en aquel momento, un traje largo de color marfil, era perfecto para una boda.

—Estás preciosa, Alyssa —dijo la tía Claudine desde el otro lado de la habitación.

—Gracias, tía —dijo Alyssa, mirándola afectuosamente.

La llegada de su tía había sido la otra gran sorpresa que le reservaban los Westmoreland. Se habían puesto en contacto con ella la noche anterior y habían organizado su viaje para que acudiera a la ceremonia. Alyssa no se había recuperado todavía de la sorpresa. Mientras ella intentaba sobreponerse a la humillación a la que la habían sometido Kim y Kevin, los Westmoreland habían planeado con Clint aquella celebración. Estaban decididos a que entrara a formar parte del clan.

Tara Westmoreland miró el reloj.

—Es casi la hora —dijo sonriendo—. Más te vale no hacer esperar a un Westmoreland el día de su boda.

Alyssa sonrió y miró con agradecimiento a las mujeres que la rodeaban.

—Gracias por todo. Me siento afortunada de que forméis parte de mi vida —dijo, convencida de que sabían a qué se refería.

—En Montana hay unas cuantas más —dijo Shelly—. Y todas están deseando conocerte. Te envían su afecto y piden perdón por no poder venir, pero ya hemos quedado en organizar una recepción en el rancho de Corey. A excepción de Delaney y Casey, todas nosotras hemos entrado en la familia Westmoreland por el vínculo matrimonial y en ella hemos descubierto una hermandad muy especial, a la que te damos la bienvenida con mucho amor.

Los ojos de Alyssa se inundaron de lágrimas. Por fin formaba parte de una familia a la que quería y que la quería.

Treinta minutos más tarde, caminaba hacia Clint que, vestido de negro, la esperaba junto a su padre y a su hermano. Ella había pedido a Chester que ejerciera de padrino, y éste se había mostrado encantado de hacerlo. Casey era su madrina.

Cuando llegó junto a Clint, él sonrió y le tomó la mano. Alyssa sonrió a su vez y, juntos, se giraron hacia el pastor.

Alyssa sabía que aquella ceremonia representaba un nuevo comienzo para ella y que, en el futuro, contaría a sus nietos cómo había logrado domar el salvaje y huidizo corazón de Clint Westmoreland.

*Fin*